

Ein 24



Route V-196 log

RE

Cerv.

1318

R.42853

LA HERMOSURA.

TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA DE REPULLÉS,

1807.

LA HERMOSURA

TOMO I

MADRID:

IMPRESA DE REPULLÉS

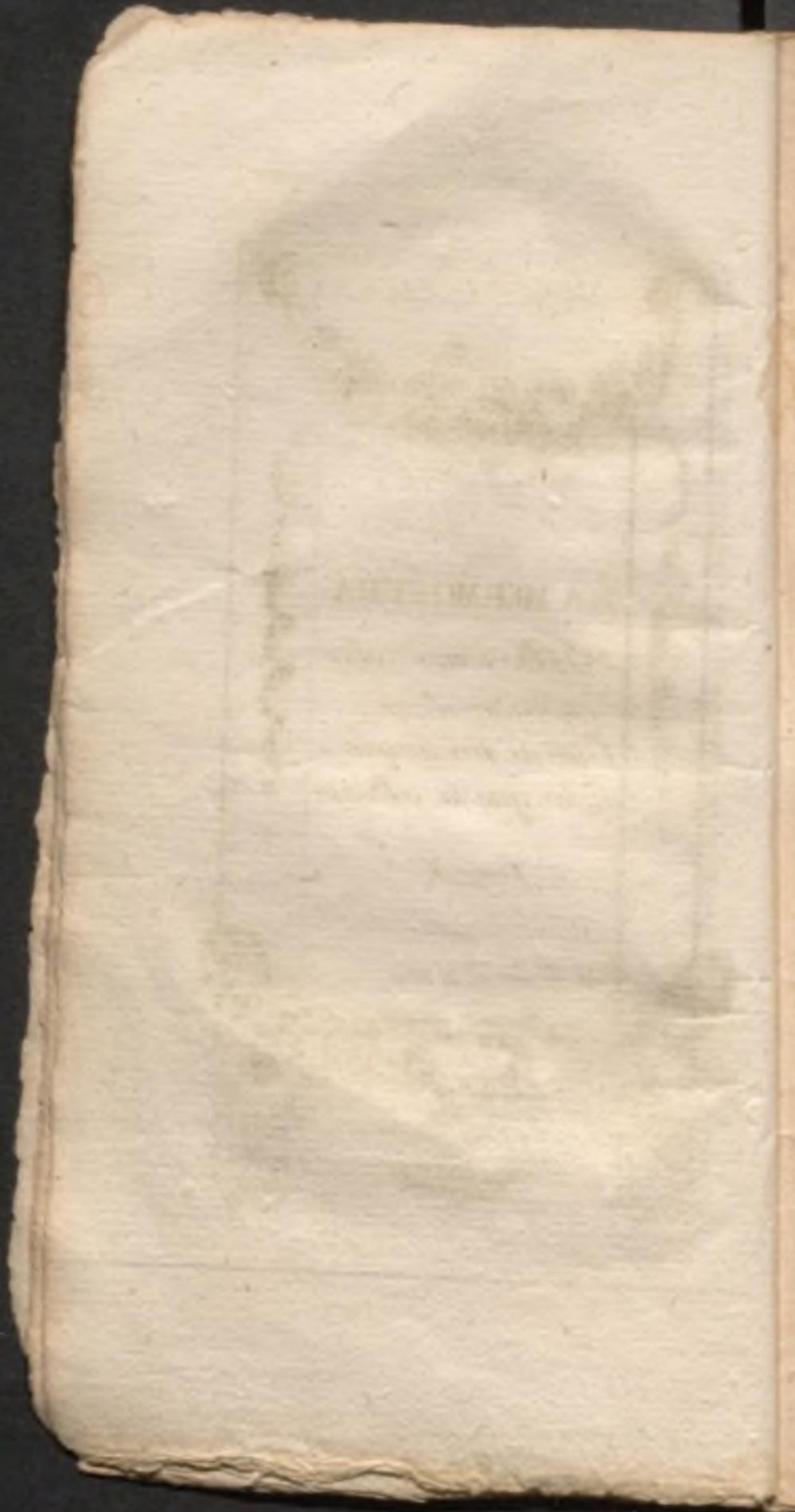
1807.



LA HERMOSURA.

*Reflexiones sobre
su naturaleza ;
Causas físicas y mo-
rales que la alteran.*

Tomo I.



INDICE.

La hermosura no consiste absolutamente en el color, ni en las formas, ni en las proporciones. Pág. 1.

Continuacion del mismo asunto. No hay hermosura ó belleza física invariable. Pruebas. Diversas opiniones de diferentes pueblos sobre la hermosura. Diferencia en los gustos de los hombres. 22.

Parecer de los griegos. La hermosura de un objeto es la

IV

- expresion de las
 qualidades que con-
 vienen á su natu-
 raleza. Razones de
 la diferencia de gus-
 tos entre las diver-
 sas naciones é indi-
 viduos. 48.
- Ventajas de la her-
 mosura. Su imperio
 en Grecia. Premios
 que se le conce-
 dian. La hermosu-
 ra acompaña á la
 salud y á la vir-
 tud. 68.
- Del luxo de las mu-
 geres. 83.
- De la moda. 98.
- De la desnudez de
 las mugeres. 125.
- Historia sucinta de las

modas.

139.

Continuacion del mismo asunto. — Modas hasta nuestros dias.

162.

Del cutis y de las causas que lo destruyen.

181.

V

10

...
...
...
...
...
...
...

11

12

...
...
...
...
...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

LA HERMOSURA.

*No consiste absolutamente
en el color , ni en las for-
mas , ni en las propor-
ciones.*

Si la beldad ó hermo-
sura exálda tantas veces nues-
tra imaginacion , y la obli-
ga á producir tantas obras
portentosas de las artes co-
mo ha dexado en todos los

siglos, es preciso convenir tambien en que la imaginacion es á su vez sumamente agradecida, pues busca lo magnífico, lo bello y lo sublime hasta en un mundo ideal, y nunca se muestra mas generosa como quando trata de prestar encantos á un objeto determinado. El hombre naturalmente inclinado á la union conyugal, halla todas las perfecciones posibles en la que ha elegido para labrar su dicha. Así se lo cree mucho tiempo; pero si una casualidad, un inconveniente, ó una razon poderosa reformase su imaginacion, y se viese obligado á prescindir del cariño; al momento experimentaria

que una parte de aquel mérito y de aquellos encantos habian perdido su energía. Es la misma muger, ¡pero quanto ha mudado! Roto el prisma de la imaginacion, el rayo de hermosura, que ántes aparecía con tan vivos colores, ya no se refracta por este cristal mágico, ni ofrece á la vista natural sino una luz pálida y monótona.

El analisis de la beldad no puede someterse á un cálculo comun. En vano quiso Hogart determinar sus fugaces formas; sus contornos ni sus ondeadas líneas jamás podrán enseñarnos qué cosa es hermosura.

¡Qué perplexa se veria la muger mas favorecida de

los dotes naturales si se la rogase que respondiese á la siguiente pregunta: *¿qué cosa es hermosura?* Ocupadas muchas de ellas casi toda su vida en el cuidado de parecer bellas, cifrando el encanto de la beldad en una especie de superioridad á todos los demas méritos y prerrogativas, empleando todos los medios para hacer valer mas su atractivo, al mismo tiempo que suelen tener la maliciosa destreza de hacer resaltar con cierta naturalidad, y como por acaso los defectos de sus rivales, ¿sabrán qué cosa es hermosura? ¿Nos atreveremos á preguntárselo?

Esos jóvenes amantes (si

acaso hay alguno que sepa amar hoy segun los designios de la moral y de la virtud), ¡quán perplexos se hallarian tambien si se les hiciese igual pregunta!

Y los artistas y profesores que tanto hablan de la hermosa naturaleza, que se pierden en las imaginaciones fantásticas de la belleza ideal, que no ven que su arte dista mucho todavia de la *belleza visible*, ó que como dice un célebre escritor de la Estatuaría, descuidan por pereza las bellezas visibles, y van en pos de la belleza abstracta, ¿qué responderian si se les preguntase, *qué cosa es hermosura?*

Aristóteles respondió *que era pregunta de ciego*. Es verdad que basta tener ojos para percibir la belleza ó hermosura de todos los objetos, ó para verla en donde ella existe; pero basta esto acaso para explicar en qué consiste? No por cierto, pues para esto es menester algo mas que el simple órgano de la vista: se necesita toda la penetracion de la inteligencia, una percepcion clara y distinta de las relaciones, y puede decirse, que si la pregunta hecha á Aristóteles *era de ciego*, su respuesta *era de sordo*.

Los poetas, los artistas, los filósofos no se reputan de ciegos, y sin embargo se

han hecho esta pregunta muchas veces unos á otros, y han intentado tambien dar idea exâcta de la hermosura, pero casi todos se han equivocado. ¿Y por qué?

Todos conocen la historia del célebre diente que ocupó tanto tiempo á los eruditos de Alemania. Se anunció que habia nacido un niño con un diente de oro. Inmediatamente se puso en movimiento todo el imperio de los sabios; filósofos, fisiólogos, médicos, naturalistas, anatómicos, todos á porfia se pusieron con empeño á exâminar en sus doctos cerebros de qué modo era posible nacer con un diente de oro: aparecieron numerosas

obras sobre este rico objeto. Fácil es concebir cuántos sistemas singulares, cuántas ideas extrañas, cuántas hipótesis ridículas debieron su origen á esta discusion extraordinaria: en breve los doctos demostraron que era posible nacer con un diente de oro. Pero si los ilustrados exáminadores de este hecho se entendieron muy bien en quanto al resultado; entendieron muy poco de los medios con que habia podido enriquecerse la mandíbula humana con tan precioso instrumento: cada uno dió su parecer, y el modo como habia procedido para adivinar la naturaleza en arcano tan escondido: ¡qué grandes

son los recursos de la ciencia....! En fin, terminadas todas estas discusiones, cayeron algunos en exâminar si lo que se veía era realmente un diente de oro; y un observador juicioso, que probablemente no habia estudiado tanto, descubrió que el famoso diente no era mas que un diente muy comun con que nacen muchos niños; pero que un charlatan muy diestro habia cubierto con hoja de oro, á fin de ganar algun dinero, enseñando al público este prodigio.

¿No sucederá con la hermosura como con este diente, y que despues de haber disputado tanto, nos veamos obligados á exâmi-

nar si realmente hay hermosura, ó para decirlo con mas exactitud, si hay una belleza física?

¡ Qué necedad ! exclamarán las mugeres.... ¡ Cómo es eso, negar la existencia de la hermosura !

Poco á poco, señoras, entendámonos primero en quanto á las palabras, para ahorrarnos luego la molestia de disputar sobre las cosas: presten ustedes algunos momentos de atencion, y esten persuadidas que esta digresion no puede ménos de terminarse en su provecho, y que leídos estos primeros capítulos, las gracias de ustedes adquirirán nuevo realce á nuestros ojos.

Pregunto, si hay hermosura física positiva: si lo que se llama hermosura depende de formas que pueden determinarse, de proporciones que pueden indicarse, de colores que pueden clasificarse, &c.: y veremos pronto que nada de todo eso puede constituir la hermosura.

Si hay una belleza física constante, ¿por qué ningun filósofo ha podido aun determinar su esencia? ¿por qué ningun artista ha podido hasta ahora probar ni enseñar lo que la constituye?

Si hay una belleza física, real y positiva, ¿por qué los hombres de diferentes países estan tan discordes sobre sus qualidades? ¿por qué

una misma nacion en diferentes épocas tiene gustos tan diferentes? ¿por qué un mismo hombre, algunas veces en diferentes edades de su vida, se vé sujeto á experimentar variaciones en sus sentimientos sobre lo que constituye la hermosura?

Volvamos á exâminar estas diferentes quëstiones. Algunos autores han querido que el colorido, la regularidad, el órden y la proporcion de las formas constituyesen la hermosura; pero esto no es exâcto.

Es muy cierto que en los bellos objetos nos lisongea el color, la forma y las proporciones. *El color*, dice Winkelmann, *contribuye á*

la belleza, pero no la constituye: realza y da valor á las formas. ¿Pero hay color, forma y proporción que merezcan preferencia? ¿No vemos mugeres hermosas con tez pálida, y otras con tez sonrosada? ¿Los cabellos rubios son superiores á los castaños? ¿Los ojos azules no tienen tantos partidarios como los ojos negros? ¿Hay acaso un color que por sí mismo pueda parecernos hermoso? Dirémos, por exemplo, que el color rubio es el de la hermosura? ¿ni que lo es el blanco? ¿ni que lo es el trigueño? El vermejo del coral nos es grato por cierto, en unos labios; pero póngase este mismo color en el

extremo de la nariz, y estará feo: trasládase al borde de los párpados, y producirá un efecto de pena y de disgusto. Por consiguiente, el color no constituye la hermosura, pues nos encanta en ciertas circunstancias, y nos horroriza en otras.

La forma no puede tampoco decirnos lo que es hermosura. Digan lo que quieran algunos filósofos y artistas, no hay una forma que pueda decirse mas hermosa que las demas. Todas lo son igualmente, como lo probaremos muy pronto. Algunos admiradores de la naturaleza, contemplando la redondez aparente del universo, y la de todos los glo-

bos que atraviesan la inmen-
 sidad del espacio , han deci-
 dido que la forma redonda
 es la mas perfecta y hermo-
 sa. La forma no constituye
 la hermosura: la forma que
 contribuye á hacer á un hom-
 bre hermoso , haria fea una
 muger. La forma redonda
 nos es grata en el rostro de
 una jóven ; pero dese está
 misma forma á sus pies , y
 pregúntese á los señores fi-
 lósofos , si *la forma redon-
 da es la mas hermosa.*

Si la forma constituyese
 la hermosura , ¿ por qué no
 puede determinarse? Todos
 darán su dictámen sobre una
 nariz muy larga , muy gor-
 da ó muy pequeña , torcida
 ó aguileña : sobre una boca

grande ó pequeña ; pero ninguno puede alabarse de conocer la exâcta figura de la nariz , boca y frente perfectamente hermosa. Lo que nos está mas oculto es la medida de cada cosa , cuyo secreto se nos ha reservado.

Pasemos á las proporciones : aquí sin duda van á admirarse algunos de mis lectores , si me atrevo á afirmar que la hermosura no depende de las proporciones. ¡Qué paradoxa! exclamarán. Confieso que esta proposicion podrá parecer muy extraordinaria , principalmente si se le da una extension que no tiene. Exâminemos , pues , á qué puede reducirse.

Confieso que en todos los objetos bellos existe orden, regularidad y proporciones conocidas ; ¿pero acaso nos parecen hermosos estos mismos objetos por sus proporciones? ¿ó bien nos parecen tales porque estas proporciones nos agradan?

Si hay proporciones constantes que determinan la hermosura , todos los objetos que nos ofrezcan estas proporciones serán hermosos , y los que se separen de ellas dexarán de serlo : mas esto no es cierto. Si por el contrario es la hermosura de los objetos la que nos hace agradables sus proporciones, diferentes objetos podrán parecernos hermosos con di-

ferentes proporciones, que es puntualmente lo que sucede.

No faltará quien me responda que los hábiles profesores han determinado las proporciones que constituyen la hermosura, y así es; pero no confundamos los términos. Estos profesores han medido, por exemplo; las proporciones de las mugeres mas hermosas en una nacion ó pais en que lo son mucho, y nos han manifestado realmente las proporciones de una muger hermosa: ¿mas son estas las proporciones exclusivas de la hermosura? ¿No vemos diariamente mugeres hermosas que no tienen las pro-

porciones ni las formas del estilo griego? Podríamos citar á Madrid, cuyo clima, sin embargo, no es favorable á la hermosura, y con todo eso hay mugeres mas hermosas que la misma Venus de Medicis. No hay que separarse de las proporciones, ni de las formas griegas, dicen algunos profesores: tanto peor, diré yo, pues así se introducen en el arte la monotonía y uniformidad que no se ve en la naturaleza. Con razon han impugnado algunos críticos á Winkelmann, que nos presenta sin cesar las obras de los artistas griegos, como verdaderos modelos de hermosura en todo género, que-

riendo que esta veneracion raye en delirio, quando si consideramos la materia á la luz serena de la filosofia, hallarémos que solo la costumbre es la que nos arrastra á esa ciega admiracion.

Sin embargo, los profesores no siempre fuéron constantes en sus ideas sobre las formas y proporciones. En tiempo de Luis XIV. los pintores y escultores franceses creyéron debian abandonar el estilo griego, para adoptar otro género de hermosura, que era en su idioma la hermosura nacional. Entónces fué moda pintar cabezas francesas, porque la moda extiende su imperio hasta la region de las bellas artes.

Deduzcamos , pues , que la hermosura no depende ni de los colores , ni de las formas , ni de las proporciones. ¿Es acaso un ente imaginario? Y si existe , ¿quál es su naturaleza? ¿quál su esencia? Vamos á exâminar de nuevo.

Continuacion del mismo asunto. No hay hermosura ó beldad fisica invariable. Pruebas. Diversas opiniones de diferentes pueblos sobre la hermosura. Diferencia en los gustos de los hombres.

» Veo por lo comun , di-
 » ce no sé qué filósofo , que
 » los hombres en los objetos
 » que se les proponen se de-
 » tienen con mas gusto en
 » buscar la causa de ellos, con
 » preferencia á exâminar la
 » verdad de su exîstencia.
 » pasan por encima de una

» proposicion , y van en se-
 » guida á deducir consecuen-
 » cias : plausibles charlata-
 » nes, empiezan ordinariamen-
 » te preguntando , ¿ cómo su-
 » cede eso? pero pocas veces
 » se paran á exâminar si real-
 » mente sucede.»

La mayor parte de los
 razonadores de la hermosu-
 ra han hecho como los plau-
 sibles charlatanes de este fi-
 lósofo : han comenzado su-
 poniendo que la hermosura
 era invariable , que tenia
 una forma primitiva ; y sen-
 tado esto , sin mas exâmen,
 indagaron quâles eran los
 principios , y esa forma ori-
 ginal. Todo lo contrario de-
 be hacerse ; pero tal es el
 progreso muchas veces del

entendimiento humano. No ha razonado así un docto moderno, que es Camper. Ha llegado al principio de la cuestión; ha probado en un discurso muy sólido que no habia en la naturaleza belleza positiva é invariable. Demuestra que lo que llamamos hermoso consiste meramente en las ideas que hemos recibido desde la infancia, que dependen de una especie de conveniencia mútua, establecida en la autoridad de un corto número de personas: manifiesta que la belleza es mero ente de razon, únicamente fundada en el hábito, en la moda, en las preocupaciones, ó en ideas particulares que rey-

nan en cada pueblo, y que nos hacen hallar la hermosura en los objetos que estamos mas acostumbrados á ver: demuestra que esta idea de la hermosura está en alguna manera sujeta á la autoridad de las personas, que por estudios mas profundos nos parecen mas aptas para juzgar bien: demuestra que la aptitud de conocer lo hermoso, que llamamos sentimiento, tacto, gusto, aunque dependientes, en parte, de una modificacion particular del entendimiento de ciertas personas, debe sin embargo atribuirse en general á la educacion, al hábito de contemplar diariamente las mejores produc-

ciones del arte, y que ese gusto, ese tacto, se perfeccionan en nosotros en razon de los conocimientos que hemos adquirido por el estudio y por la instruccion; en fin, demuestra que no tenemos ningun sentimiento innato de la hermosura física, como lo tenemos muy distinto de la belleza moral.

Todas estas aserciones estan apoyadas en pruebas muy concluyentes; pero el autor ha considerado este objeto desde un punto de vista científico que no entra en el fin y naturaleza de esta obra.

Si algo puede demostrar que la hermosura no es invariable, es la poca ó ningu-

na semejanza de las mugeres hermosas en cada pais, la poca ó ninguna concordancia de los diferentes pueblos en las ideas que se forman de la hermosura, y la diferencia de gustos que se observa, aun entre los diversos individuos de un mismo pueblo.

La Española hermosa, la Italiana hermosa, la Inglesa hermosa, la China hermosa, la Mingreliana hermosa, en fin, la Negra hermosa, son sin disputa mugeres hermosas: cada una de ellas tiene en su pais quien pondere sus encantos; cada una inspira á los poetas, y fixa las miradas de los filósofos: cada una de ellas es

el modelo de sus compatriotas artistas ; cada una tiene, por último en su patria el cetro de la hermosura. Sin embargo, ¡ cuánto se diferencian estas bellezas!

Exâminemos rápidamente esta variedad de opiniones de los diferentes pueblos.

Nosotros gustamos de que el todo de la cabeza presente la forma oval. Los omaguas y caribes no reputan de hermosa cabeza alguna que no sea perfectamente redonda ó aplanada , y cuidan mucho desde el nacimiento que quede así , comprimiendo entre tablas las cabezas de sus hijos ; otros pueblos prefieren la forma

quadrada, y se esfuerzan á amoldar entre quatro tablas las cabezas de sus hijos quando son tiernos.

Las proporciones que nos agradan en la frente serian muy poco gratas para muchos pueblos. Los moradores de Aracan estiman mucho las frentes anchas y aplastadas, y luego que nace un niño se le aplica á la frente una plancha de plomo para darles el género de hermosura que prefieren. Los siameses por el contrario, gustan de las frentes que terminen en punta por su parte superior, de manera que su cabeza representa una especie de lozango ó rombo, que es una figura alargada,

cuyas dos puntas opuestas son la frente y la barbilla. Los mexicanos, muy diferentes de los habitantes de Aracan, quieren la frente sumamente pequeña, y emplean quantos medios son posibles para que nazcan cabellos en esta parte del rostro, aun quando se afeytan con gran cuidado el resto de su cuerpo.

Las ideas sobre la hermosura de los cabellos no son mas constantes, ni estan mejor fundadas. Tendremos ocasion de notar que en la antigüedad los pueblos mas cultos, mas civilizados, mas hábiles en las bellas artes, eran apasionados de los cabellos rojos. Los galos te-

nian el mismo gusto, y hoy miramos con horror este color. Gustamos de los cabellos negros, despreciados en algunos países de Africa, y los cabellos rubios son detestados en la China. Sin embargo, el gusto de los cabellos rojos subsiste todavía en vastos distritos del mundo. Los turcos y tripolinos dan á sus cabellos con vermellon el color que el clima les niega: las mugeres del reyno de Decan se tiñen tambien los cabellos con amarillo y roxo.

Las orejas pequeñas no en todas partes pasan por las mas bonitas. En todos los pueblos del oriente, y aun entre los chinos, gustan de

Las orejas muy grandes, muy largas, y muy caídas. Los pueblos que no tienen este accidente por naturaleza, se lo procuran, colgando de las orejas materias muy pesadas. Por eso los habitantes de Laos tienen tan grandes los agujeros de las orejas que puede pasarse por ellos el puño de la mano.

Un pueblo cree que la hermosura de la nariz consiste en su mayor longitud, y otro en su pequeñez. La nariz prominente es un vicio para los chinos, que acostumbran aplastarla desde la cuna. Los habitantes de Macassar tienen el mismo gusto, que satisfacen del propio modo. Los indios consideran her-

moso todo lo que es ancho.

En muchos pueblos es objeto de luxo el adorno de las narices , y se ponen pendientes en ellas como nuestras europeas se los ponen en las orejas. En la costa de Malabar se oradan la juntura de las narices las jóvenes para ponerse pendientes , y el mismo uso se advierte en los isleños del Golfo Pérsico , y en la California. En el Mogol por el contrario , y en algunos distritos de Africa los hombres son los que se oradan , no solamente las narices , sino las orejas y los labios , y un joven que intenta agradar á las mugeres de su pais haria mal de no traer pendientes en sus na-

rices , en sus labios y en sus orejas.

No acabaria si refiriese las innumerables extravagancias que encontramos en todas partes. Hay nacion que se arranca los dos dientes del medio de la mandíbula. Las mugeres de los jaggas en Africa hacen mas , y una de las hermosuras que mas ambicionan , es tener quatro dientes ménos , dos arriba y dos abaxo , lo qual es infinitamente mas regular. La muger que no tuviese valor de arrancárselos sería despreciada , como se desprecia en la China la jóven que tiene los pies de tamaño natural. Entre los siameses , la hermosura de los dientes consiste

en tenerlos negros , y los tiñen con un barniz que se renueva todos los años : los habitantes de Macassar se los pintan con diversos colores, lo qual es mas alegre.

Si pasamos á la piel ó cutis , ¡ cuántas composturas diferentes recibe en diversos pueblos ! Unos lo untan con aceyte ó grasa , como los naturales de las Californias, y acaso no hacen mal en ello: otros lo tiñen con achiote, como los caribes: otros lo pintan como los groenlandeses que se embadurnan la cara de blanco y amarillo, á la manera de nuestras europeas quando se emplastan de blanquete y colorete : las mugeres de la Zembla se hacen rayas

azules en la frente y en la barbilla, las japonesas se pintan los labios y los párpados de azul: las mugeres del reyno de Decan se pintan las manos y los pies de amarillo y roxo: las mugeres árabes se pintan las uñas de roxo, los pies y manos de amarillo subido, las cejas y el borde de los párpados de negro: otras graban adornos en estas partes, como los negros de Gorea, que se hacen sobre el cuerpo figuras de flores y de animales con un pedernal cortante: las mogolesas se cortan la piel en flores, que tiñen con jugos de raíces; en otras partes la llenan de picaduras, que ennegrecen por medio

de un licor que introducen en ellas. Este uso es comun en Tripoli, en Arabia, y en la isla de O-taiti, &c.

No hay tampoco conformidad entre las naciones, respecto á la hermosura de la talla. Los turcos y alemanes gustan que las mugeres sean gordas. A los chinos les gustan flacas: algunos pueblos gustan del talle corto, y para las mugeres de Tripoli la hermosura consiste en el talle largo; pero cosa digna de admiracion: hemos visto en el centro de la culta Europa, en un pueblo que se reputa de grande y civilizado, que las mugeres han adoptado alternativamente el talle sumamente alto, y ex-

tremadamente baxo, lo que prueba que las mugeres de este pueblo culto saben muy poco de lo que constituyete la hermosura del talle; y lo que parece mas singular es, que la mayor parte de los hombres han encontrado estas dos modas muy agradables, ó para decirlo mejor, muy hermosas; prueba positiva de quan falso es que la hermosura sea siempre la misma, y que no pertenece ni á la moda ni á las preocupaciones.

La pintura que acabo de desenvolver es muy variada sin duda, y debe probar que los hombres de las diversas partes del globo estan enteramente discordes sobre la

naturaleza de la hermosura.

Me parece se va á hacer la objecion de que estos gustos tan extraños son hijos de la grosería de ciertas naciones salvages; pero responderé, ¿ lo entienden mejor las naciones cultas y civilizadas? ¿ Son bárbaros los chinos por ventura? ¿ Los griegos, tan célebres por la delicadeza de su gusto, lo exquisito de su eleccion, la perfeccion de sus obras, y la inteligencia que mostraron en las bellas artes, eran bárbaros? ¿ Lo eran tampoco los romanos, este pueblo Rey? Sin embargo, los chinos de todos los tiempos, los griegos y los romanos tenian otro parecer sobre la

hermosura, muy distinto del nuestro.

Los romanos gustaban de las cejas juntas, y de la frente pequeña: los griegos gustaban de las cejas separadas y distantes entre sí, y de una frente regular: los romanos estimaban los ojos poco abiertos, y los griegos los querían grandes. Así Homero, hablando de Juno, la llama *Juno con sus ojos de vaca*, para caracterizar su hermosura magestuosa. Véanse los bustos y medallas de los griegos, compárense con los bustos y medallas romanas, y júzguese sobre la diferencia de gusto.

No solamente sucede esto entre los diferentes pue-

blos, sino que los individuos contemporáneos de un mismo pueblo difieren extraordinariamente en los objetos hermosos de su gusto. ¡Qué diversidad de opiniones, sobre todo, con relacion á la hermosura de la muger, que es el objeto principal de nuestras presentes reflexiones! ¡Quántas distintas causas influyen en nuestro juicio! Si nos vemos prevenidos ó preocupados en favor de una muger, la hallamos hermosa, y nuestra imaginacion, siempre casada con nuestro amor propio, nos hace hallar mil perfecciones en el objeto de nuestro cariño; porque nosotros la estimamos, ya queremos que

todos se conformen á nuestras voluntades; y el hombre mas capaz de exâminar las cosas con mente serena y sosegada , estará perplexo todavia para discernir si la hermosura es el motivo de un cariño, ó si el cariño es causa de lo que llamamos hermoso.

Una causa que tiene influencia mucho mas señalada en las ideas que tenemos de la hermosura , una influencia que puede llamarse permanente , es el gusto nacional. No podemos dexar de reputar de hermoso lo que hemos visto admirar desde que existimos. Esta influencia tiene tanto poder , que ni los artistas mas distinguidos por

sus reflexiones profundas y continuas sobre su profesion, y por el largo estudio de estilos diferentes, jamas pudieron adquirir ideas desprendidas de las preocupaciones nacionales, ni dexar de conservar siempre en sus obras el carácter del gusto de sus compatriotas. Podrian citarse muchos exemplos, pero me limitaré á exponer uno solo. Véanse las pinturas de Rubens. Todas las mugeres que pintó son de talla agigantada, y demasiado gordas. Se dirá acaso que no fué su ánimo retratar la hermosura, y que meramente trató de representar la naturaleza qual la veía. Pero exáminese su quadro de las tres

Diosas , disputando delante del pastor París la manzana destinada á la mas perfecta en hermosura. Cierto que Rubens no pudo llevar otro fin en este argumento sino el de representar la hermosura misma ; pues ahora bien , miremos el quadro , y veremos en él que Minerva , Venus y Juno son tres gruesas flamencas con demasiadas carnes.

Las primeras impresiones que hemos percibido contribuyen mucho á determinar nuestros juicios sobre la hermosura. Ciertas formas nos agradan toda la vida , porque fuéron las primeras que nos agradaron desde la niñez , y porque son

las primeras que hicieron hablar á nuestros sentidos. Las amamos no por una percepcion razonada de su hermosura, sino porque despiertan en nosotros las sensaciones mas vivas que habemos experimentado, aquellas sensaciones que tuvieron para nosotros todos los encantos de la novedad, encantos, cuyo valor total no se conoce hasta que ya no está en nuestra mano experimentarlos. Esta causa llega muchas veces hasta el punto de hacernos encontrar un atractivo irresistible aun en los defectos, y á darnos gustos singulares y extravagantes. Descartes conservó toda su vida una propension decidi-

da á las mugeres vizcas : y esto consistia en que la primera que supo mover sus afectos tenia este defecto.

Es , pues , evidente la imposibilidad de decir positivamente en qué consiste la hermosura , y los que mas han procurado profundizar esta materia convienen en ello.

Citaria muchas autoridades en mi favor ; pero me limitaré á exponer la de Winkelmann , autor célebre.

»Una discusion razonada de la hermosura , dice,
 »exîge se diga alguna cosa
 »de lo que se opone á lo bello , que es la idea negativa de esta qualidad , y que
 »hace mas fácil determinar

»lo que no es , que decir lo
 »que lo constituye. Lo mismo
 »puede decirse de la hermo-
 »sura y de la fealdad , que
 »de la salud y de la enfer-
 »medad; esta se siente, aque-
 »lla no.... Querer definir su
 »esencia es empresa árdua,
 »intentada muchas veces, pe-
 »ro que jamas pudo lograr-
 »se: si esta idea tuviese evi-
 »dencia geométrica, no va-
 »riaria tanto el juicio de los
 »humanos sobre la hermo-
 »sura.»

Parecer de los griegos. La hermosura de un objeto es la expresion de las qualidades que convienen á su naturaleza. Razones de la diferencia de gustos entre las diversas naciones é individuos.

Los antiguos tenían ideas mucho mas vastas y elevadas de la hermosura; no la miraban como un conjunto mecánico de perfecciones puramente materiales. Notáron que todos los objetos de la naturaleza tienen la forma que les es propia: que

esta forma es bastante permanente en cada especie, y que los individuos que se alejaban mas ó ménos de esta eran mas ó ménos agradables á la vista: advirtiéron que la misma forma que desagradaba en un objeto, era agradable en otro; y de aquí concluyéron, que siendo diferente la naturaleza de cada objeto, tambien su hermosura debia ser diferente; y que, por exemplo, lo que producía la hermosura de un perro, hubiera producido fealdad en un caballo; y que las formas que agradan en un hombre, desagradarian en una muger. Este raciocinio era muy sencillo, y debia encaminarlos á la

verdad : sigámosle.

Si la hermosura es diferente segun la diferente naturaleza de los objetos , entonces no es mas que la expresion de las percepciones del objeto. Podrá decirse hermosa una cosa que tiene las perfecciones de su naturaleza.

La hermosura no consiste , pues , en una forma determinada , sino en la relacion de estas formas con las funciones á que estan destinadas : no consiste en este ó el otro colorido en particular ; sino en el colorido que resulta de la perfecta disposicion de los órganos. Así es que el color sonrosado que nos agrada , porque es en

Europa el signo de la juventud, de la salud y lozanía, nos desagradaría en un negro.

La hermosura no es, pues, otra cosa sino la excelencia de los objetos, hecha visible. Es la bondad escrita.

Este era el parecer de los griegos; dignos admiradores de la naturaleza, lo mismo significaba en su lengua *bueno* que *bello*. Zenon decía que la *hermosura* era la *flor de la virtud*: esta denominación la daba nuevo realce. Platon enseña la misma doctrina. La *hermosura*, dice, *es el esplendor de la bondad*. — *No hay hermosura para el alma ni para*

la vista , sino la de los objetos verdaderamente buenos y útiles.

El mismo sentir explican de infinitos modos los filósofos griegos. *Ninguna cosa es hermosa , sino la que es buena ; y no hay cosa buena sino es útil. — Todo lo que nos parece hermoso , es bueno si lo consideramos bien. — El conocimiento de lo bello nos seria inútil , sino fuese el conocimiento de lo bueno , &c.*

La hermosura será , pues , la expresion de todas las qualidades físicas y morales que convengan á la naturaleza del objeto en que se advierten.

Apliquemos , pues , este

principio á la especie humana, y veremos que los caracteres distintivos de la hermosura en el hombre, como en la muger, son precisamente la expresion de las qualidades que son propias al fin que la naturaleza se ha propuesto ; pero no es necesario formar de nuevo este quadro que ya nos dexó bien acabado un literato illustre. Mis lectores y lectoras me agradecerán seguramente que les traslade aquí un pasage de Marmontel que acabará de corroborar las ideas expuestas.

»¿Qué intencion tuvo la
 »naturaleza, respecto á la
 »especie humana? Quiso que
 »el hombre fuese propio pa-

»ra trabajar y combatir, pa-
»ra alimentar y proteger su
»tímida compañera y sus dé-
»biles hijos. Todo lo que en
»la talla y en las facciones
»del hombre anuncia la agi-
»lidad, la destreza, el vi-
»gor y el valor: miembros
»flexibles y nerviosos, arti-
»culaciones marcadas, for-
»mas que indican una resis-
»tencia firme ó una accion li-
»bre y pronta: estatura cu-
»ya elegancia y tamaño nada
»tengan de frágil, cuya soli-
»dez robusta no tenga nada
»de torpe, ni de macizo: se-
»mejante correspondencia de
»partes unas con otras, una
»simetría, un acuerdo, un
»equilibrio tan perfecto que
»hace seguro como corres-

»mas que los de la sangre:
 »el amor solo llenó los de-
 »signios de la naturaleza, y
 »el remedio para la incons-
 »tancia fué el encanto atrac-
 »tivo y poderoso de la her-
 »mosura.

»Si se quiere, pues, sa-
 »ber cuál es el carácter de
 »la hermosura de la muger,
 »basta reflexionar en su des-
 »tino. La naturaleza la hizo
 »para que fuese esposa y
 »madre, para el reposo y
 »compañía del hombre, pa-
 »ra suavizar sus costumbres,
 »para interesarle y enterne-
 »cerle: todo debe anunciar
 »en la muger la dulzura de
 »un amable imperio.

»Dos atractivos podero-
 »sos del amor son el deseo y

«el pudor: el carácter de la
 «hermosura será, pues, sen-
 «sible y modesto.

«El hombre quiere dar
 «valor á su triunfo: quiere
 «hallar en su esposa, su a-
 «mante, y no su esclava, y
 «á medida que advierta ma-
 «yor nobleza en la que le obe-
 «dece, con mas gusto goza-
 «rá de la gloria de mandar:
 «la hermosura de la muger
 «debe ir acompañada, pues,
 «de modestia y de circuns-
 «peccion.

«Una debilidad intere-
 «sante llama toda la aten-
 «cion del hombre, hacién-
 «dole conocer que tiene ne-
 «cesidad de su apoyo: la
 «hermosura de la muger de-
 «be ser tímida de consiguien-

»te : y para hacerla mas im-
»portante , su alma ha de ser
»el sentimiento : este se re-
»tratará en sus miradas , res-
»pirará en sus labios , en-
»ternecerá todas sus faccio-
»nes : el hombre que quiere
»deberlo todo á la inclina-
»cion , gozará en el matri-
»monio de sus preferencias,
»y en la debilidad que cede
»no verá sino el amor que
»consiente. Pero la sospecha
»del artificio lo destruirá to-
»do : el aspecto de candor,
»de ingenuidad , de inocen-
»cia , esas gracias sencillas y
»naturales que se dexan ver,
»ocultándose , esos secretos
»de la inclinacion conteni-
»dos y vendidos por la ter-
»nura de la sonrisa , por el

»relámpago instantaneo de
 »una mirada tierna , mil gra-
 »duaciones fugaces en la ex-
 »presion de los ojos y de las
 »facciones del rostro , que
 »son la eloqüencia de la her-
 »mosura.

»Este gran poderío de la
 »muger sobre el hombre le
 »viene de la secreta inteli-
 »gencia con que se maneja
 »con él y en su sagacidad:
 »ese discernimiento delica-
 »do , esa penetracion viva
 »debe pintarse , pues , en
 »las facciones de una muger
 »hermosa , y sobre todo , en
 »aquel fino mirar que llega
 »hasta los senos del corazon,
 »para despertar una sospe-
 »cha de tibieza , de tristeza,
 »y reanimar la alegría con

»el fuego del amor.

»En fin, para cautivar
 »el corazon que se ha inte-
 »resado, y salvarle de la in-
 »constancia, es menester sal-
 »varle del tédio, dar sin ce-
 »sar al hábito de vivir jun-
 »tos los atractivos de la no-
 »vedad, y siempre igual á
 »los ojos de un esposo, pa-
 »reciéndole siempre nueva.
 »Por este prodigio obra la
 »muger aquella viveza mo-
 »vible que da á su hermosu-
 »ra tanta vida y esplendor.
 »Dócil á todos los movimien-
 »tos de la imaginacion, del
 »entendimiento y del alma,
 »la hermosura debe, como
 »un espejo, pintar todos los
 »objetos y reflexarlos mas
 »bellos de lo que son.»

Adoptando, pues, lo que queda probado, es decir, que la hermosura es la expresion de las perfecciones físicas y morales de los objetos, explicaremos fácilmente, por qué no es una misma la hermosura en todas las naciones.

La constitucion de los hombres varía segun la constitucion de los países que habitan: el frio, el calor, la humedad de los climas, la sequedad, los terrenos elevados, y los valles pantanosos, todo influye de una manera mas ó ménos señalada en nuestros órganos, y los modifica.

Los resultados de esta modificacion deben necesari-

riamente observarse por los caractéres exteriores, y conocer sin mucho esfuerzo, por qué el caracter de una Polaca que goce de todas las perfecciones de su sexô, se distingue del carácter de una Italiana, tambien hermosa; y ¿esta expresion no es lo mismo que decir, aunque en otros términos, que la hermosura de la primera debe diferenciarse de la de la segunda? Del mismo principio ha debido resultar que ningun pueblo ha podido formarse opinion de la hermosura, sino en razon de los modelos que se le ofrecian, porque en ellos encuentra cada individuo el objeto que mas le conviene, porque es

el objeto que la naturaleza ha criado para él. Esto es lo que precisamente observamos en todas partes; y siempre que se sepa la forma y el color que dominan en los individuos de una nacion, se conocerá el gusto de ella.

Pregúntese á un sapo lo que es hermosura, decia un sabio del siglo último, y respondería, si pudiera hablar, que la hembra de su especie; y admiraría en seguida sus dos ojos redondos grandes y saltones, su cola ancha y chata, su vientre amarillo, y su espalda obscura.

No sé si el autor habia estudiado bien su cuestión; pero lo que puede asegurar-

se es que la respuesta del sapo es la mas razouable que puede darse. Puede concluirse que la hermosura, segun lo que queda probado, no es positiva, sino relativa, y siendo la expresion de las perfecciones convenientes al objeto, podremos explicar la diferencia de los pareceres de los individuos sobre la hermosura. En efecto, ¿no debe haber tantas especies de hermosuras como qualidades diferentes buscan los hombres en las mugeres?

Observamos con mucha frecuencia que si dos hombres discordan entre sí en su gusto acerca de los caracteres de la hermosura, tambien discordarán esen-

cialmente en sus gustos morales : mas no faltará quien me haga la objecion de que una muger hermosa siempre parece hermosa á todo el mundo. Podria negarse desde luego la generalidad de esta opinion ; pero supóngase verdadera , ¿ qué resultará ? Que hemos adquirido desde la infancia todas las ideas recibidas en el pais en que vivimos : que estas ideas se han fortificado con la edad , se han perfeccionado con el hábito de ver , con el exámen de los que se llaman buenos modelos , y acaso con la práctica y estudio de las artes. Véase ahora como no hablamos sino segun nuestras prevenciones , se-

gun la autoridad , y no segun nuestro gusto natural y particular. Todo el mundo alaba la hermosura de Olimpia : convengo en ello ; pero cuántos hombres serian de contrario sentir , y cuya respuesta quedaria reducida á la siguiente fórmula. Sí, bien conozco que Olimpia es muy parecida á esas hermosas estátuas de la antigüedad: es muy bella , no hay duda; pero á pesar de todo no me gusta : es hermosura que no amo.

*Ventajas de la hermosura.
Su imperio en Grecia. Premios que se le concedian.
La hermosura acompaña
á la salud y á la
virtud.*

Lo que es hermoso es bueno por su naturaleza, como lo dexamos declarado en el capítulo anterior. En todos los siglos la hermosura ha exercido sobre los hombres un imperio irresistible, que debe atribuirse á aquella expresion tan eloqüente de las perfecciones invisibles.

La hermosura y el agrado son mas favorecidas, dice Aristóteles, que las mejores recomendaciones. Mas poder suele tener á veces la hermosura, por poca que sea, que las riquezas, aunque sean muchas.

En ninguna parte gozó la hermosura de su triunfo como en Grecia: en ninguna parte recibió honras tan extraordinarias, ni en ninguna parte inspiró mas entusiasmo. ¡Pero cuánto esmero y desvelos no empleaban los habitantes de aquel dichoso clima para aumentar y conservar tan preciosa qualidad! Trataban de la hermosura de los niños antes de haber nacido, y en-

tre ellos nació el sistema de perfeccionar la especie humana, y fué tanto su empeño que llegaron á investigar los medios de mudar en negros los ojos azules.

Toda muger hermosa era reputada como una deidad entre ellos. Los varones mas distinguidos por sus talentos, sus virtudes ó su clase, los ilustres guerreros, los doctos filósofos, y hasta los Reyes mismos se veian sojuzgados al imperio de la hermosura. Lais recibió los homenages de los mas celebrados capitanes de su tiempo. Rhodopa se elevó á la dignidad de esposa de Psamético, Rey de Egypto. Lammia dió á Demetrio un fes-

tin magnífico , por el qual exigió contribuciones de la ciudad de Atenas. Aspasia arrastró á Sócrates , inflamó á Alcibiades , y por último vino á ser esposa de Pericles.

Phrynea , citada ante los jueces , iba á perder su causa , no obstante la eloqüencia de su abogado : se levanta , se acerca á los jueces , descubre un poco la hermosura que ocultaba , y sola la influencia de sus atractivos hizo mas efectos en favor de la sentencia , que los talentos de su orador.

Tal fué el imperio de la hermosura , que logró hasta honores de un orden superior. En muchas ciudades se

establecieron fiestas públicas en que la hermosura disputaba premios. En Tenedos, en aquella isla á donde se dice abordó París despues del rapto de Elena, hubo establecidos jueces para decidir de la hermosura de las mugeres, y daban premios á las mas hermosas. El mismo uso se halló establecido en Lesbos y en el Peloponeso. Hubo ciudades en que los hombres disputaban tambien el premio de la hermosura. *Podrá perdonarse esta emulacion á las mugeres,* dice la Enciclopedia; *pero es muy raro que los hombres disputasen tambien semejante premio.* Los señores Enciclopedistas, al hacer es-

ta reflexión, prueban que no han comprendido el fin moral de tal institucion. ¿Qué idea pudieron tener los griegos premiando al hombre mas hermoso? Premiar al que por la hermosura exterior anunciase una alma noble y generosa, distinguir al hombre que por la mas feliz fisonomía anunciase todas las virtudes de su sexô, todas las qualidades morales y fisicas: al hombre, en fin, del qual pudiese decirse que era virtuoso y esforzado: porque virtuoso, amaria la patria y esforzado sabria defenderla. Este era el hombre que premiaban los griegos, y no á un indolente Narciso, como pu-

diera creerse, atendiendo al parecer de los autores de la Enciclopedia. Por eso el premio que recibia el vencedor consistia en armas, que él mismo iba á colocar en el templo de Minerva, pues el premio de la hermosura era dedicado á la sabiduría.

Emerico David, en su excelente obra del *Arte Escultuaria*, da á conocer bien el espíritu de los griegos en esta parte. »Para admirar, dice, el exterior de un hombre, los griegos querian conocer en él las señales de la perfecta constitucion física, de la salud, de la fuerza, de la destreza, de la agilidad: querian conocer tambien las señales

»de la sabiduría y pruden-
»cia , sin las quales la fortaleza
»corporal del hombre
»seria inútil á su propia di-
»cha , y las señales de la
»bondad , sin la qual su for-
»taleza seria perniciosa á la
»dicha y paz de sus seme-
»jantes: querian conocer, pa-
»ra decirlo de una vez, aque-
»llas apariencias de bien es-
»tar, de poder físico, de
»disposiciones apacibles y
»humanas , que hacen se mi-
»re á un hombre como obje-
»to agradable , y tan agra-
»dable , que no canse mi-
»rarle. Aquel solo fué her-
»moso , en quien se cono-
»cian los signos de una al-
»ma virtuosa en un cuerpo
»lleno de vigor : aquel solo

«fué hermoso, en quien la
»perfeccion del alma corres-
»pondia á la del cuerpo.»

Convengamos, pues, con los antiguos que la hermosura no es una qualidad puramente material, y únicamente dependiente de ciertas disposiciones mecánicas: es la expresion de la bondad, de la virtud y de la salud: ¿quién ignora la mudanza que un solo dia de enfermedad puede causar en el rostro mas hermoso? La hermosura se desvanece quando las funciones se exercen mal: la muger mas hermosa dexa de serlo quando está enferma, y si se hace mas interesante de convaleciente, si entónces nos parece mas

agradable , acaso que quando tiene entera salud , es por un efecto de aquella expresion indefinible de placer y de dicha que la naturaleza imprime en todo ser que de un estado doliente , vuelve á uno mas sereno , y que vuelve á tomar posesion de todas sus facultades.

Es tan estrecha la conexiõn que hay entre la salud y la hermosura , que podria decirse que la hermosura es el garante mas seguro de una buena salud , y algunos médicos han notado que en las personas hermosas la salud está ménos expuesta á alteraciones , y quando la enfermedad acomete tiene la naturaleza en estas personas

mas numerosos recursos, mas completos y mas feliz terminacion de crisis.

El vicio, acaso mas que las enfermedades, destruye tambien la hermosura; pero tendrémos ocasion de volver á tratar de este objeto quando tratemos de la influencia de las pasiones sobre la hermosura: verémos entónces, que en igualdad de circunstanCIAS la muger mas hermosa debe ser la mas virtuosa: así como una muger hermosa debe ser tambien la mas amable, sino ha recibido una educacion digna de lástima, y acompañada de un conjunto de circunstanCIAS extrañas que pervierten del todo el me-

por natural del mundo, y corrompen las mejores disposiciones.

Creo haber manifestado suficientemente la opinion que queda sentada, y reputándola por la mas racional de todas, nadie podrá ménos de convenir que la hermosura es el bien mas estimable y mas precioso de la naturaleza, pues anuncia la mas perfecta constitucion interior, las mas felices disposiciones morales, pasiones apacibles, cuyo exercicio tenga por objeto la felicidad propia y de sus semejantes, la paz del alma y la admirable serenidad del candor y de la inocencia.

En vano se objetará que

el quadro instable de la sociedad desmiente á veces esta teoría tan buena y tan sublime, haciendo ver que las personas mas hermosas no siempre son las mas perfectas, y que muchas veces un cuerpo deforme ha encerrado una bella alma. Sé todo esto, pero esta objecion no destruye mi sistema. Es qualidad esencial del mar guardar nivel perfecto, y presentarnos una superficie igual y lisa; sin embargo, los vientos impetuosos agitan sus olas, y las levantan hasta las nubes. Nacemos con buenas disposiciones, pero estas pueden sufocarse ó extraviarse por mil causas diversas. Una persona hermo-

sa no puede ser viciosa por naturaleza, pues es toda perfecta; y porque anuncia todas las qualidades que convienen á su ser; pero puede sucederla que por mil causas extrañas, semejantes á un viento norte, lleguen á secar el gérmen benéfico, próximo á prevalecer: estas causas son los malos exemplos ofrecidos á la inocente y tierna infancia, tanto mas digna de lástima, quanto tiene que pasar por una época en que reynan vicios dominantes, á pesar de las grandes luces que parece debieran exterminarlos: varios accidentes peligrosos; pesares continuos; la falta de lo preciso; un superfluo demasiado que

fixa al individuo en el ócio; las contradicciones violentas; las enfermedades, principalmente aquellas que destruyen presisamente la hermosura, que producen el gusano roedor de la envidia ó de la pesadumbre, el lujo, asesino alevoso de la virtud, &c. &c. — Quitense estas causas extrañas, y toda persona hermosa será siempre mas perfecta en sus relaciones morales y físicas. Naturaleza nos hizo para ser hermosos como para ser buenos; y si hablando de una persona muy fea decimos *que es un monstruo*, ¿no queremos significar en esta frase que la fealdad es un estado contrario á la misma naturaleza?

Del luxo de las mugeres.

Dícese que lo superfluo es la cosa más necesaria. Esta proposición es una especie de chiste, que por desgracia han justificado nuestras costumbres; y el luxo se ha hecho ya tan general, que puede decirse, sin que parezca paradoxa, que lo superfluo es hoy en quasi toda Europa objeto de primera necesidad. ¡Quántos y quántas se privan realmente de lo necesario para ostentar la apariencia de un poco de superfluo!

El luxo crea en las jóvenes necesidades nuevas y apetitos criminales que reprueba la naturaleza. Por el luxo olvida sus deberes decentes con el hombre que la estima, y pierde los tiernos afectos que le prometian su dicha futura. El adorno honesto habrá sabido hablar á su corazon ; pero el luxo habrá hecho ó hará mas, pues impondrá un vergonzoso silencio á su virtud , y el oro se convertirá en él único ídolo de su amor. El luxo es , pues , la primera semilla de la corrupcion ; sobre todo , en las clases media é inferior , que son las mas numerosas del estado. Estas verdades son duras en siglos de

corrupcion , pero son tan ciertas que rayan en la evidencia.

Se ha escrito en pro y en contra del luxo. No reproduciré aquí los diversos argumentos de sus enemigos y partidarios. Adóptese en general el sistema que se quiera. En buen hora que el luxo sea esencial á la prosperidad de los grandes estados , aunque interiormente me quede el escozor de que no está bien probado. Diré una verdad grande , una verdad atestiguada con la experiencia de todos los siglos , con el testimonio de todas las naciones ; que el luxo de las mugeres destruye directamente la poblacion , des-

truye la dicha particular, destruye la armonía tan necesaria en las familias, destruye las costumbres públicas, destruye hasta las constituciones fundamentales de los imperios, y obra á la larga totales transtornos. De esta verdad, tambien susceptible de demostracion, debemos colegir, que aun suponiendo que el luxo general conviene fomentarlo, el luxo de las mugeres debiera severamente reprimirse por las leyes.

— Mi conclusion parece austera, y no faltarán lectoras que se enfaden al leerla. Si es terrible, pero es justa siempre que sea cierta la proposicion de que la deduz-

co. Exâminemos.

El luxo se opone al verdadero destino de las mugeres. El gasto exôrbitante que exige el sostener un tocador exquisito , intimida á los hombres juiciosos y prudentes , y los retrae de pensar en el matrimonio ; establecimiento que hoy dia no les presenta con muchas mugeres mas prespectiva que la vergonzosa disipacion de su fortuna : el jóven para someterse á la union conyugal, busca ya una muger , cuya fortuna pueda en algun modo resarcir ó subsanar con anticipacion el gasto futuro. La muger de luxo que no tenga bienes queda sin establecerse á lo ménos con un hom-

bre de bien. El dinero se convierte en el único mérito; ocupa el lugar de la hermosura esencial, de la amabilidad, de los talentos. ¡A Dios hermosura! ¡A Dios gracias naturales! ¡A Dios virtudes amables! ¡ya no sois sino una sombra! ¡A Dios honestas y dulces caricias del amor! ¡ya no unireis en adelante los tiernos corazones de los esposos!

La petimetra que en medio de sus galas lea estas palabras sé que va á encogerse de hombros, y á burlarse con maligna risa del gótico autor que se pone á hablar en este tiempo de amor y matrimonio. — ¿Para qué amor quando se toma mari-

do? Yo si llego á tomar estado, dicen las del dia, quiero un hombre muy rico: le quiero siempre que satisfaga mis caprichos. ¿Quién podrá vivir sin una casa magníficamente alhajada, sin coche de moda, sin un rico tren, sin variar de adornos á cada paso, sin poder humillar las rivales con el esplendor de la pompa y magnificencia?... Hombres, decidme, no habeis oido mil veces este mismo language? ¿No piensan así muchas mugeres? ¡Ojala no fuera cierto! No se veria expuesta á desacreditarse la tierna union conyugal; no se iria haciendo cada vez mas rara, como se hace; no habria tantas mugeres recata-

das y virtuosas que exclamasen por no ser ricas , ¡ *quién hará caso de una pobre!* El hombre teme esta union ; esta institucion santa ; teme los frutos que pudieran serle amargos , y que lo que habia de ser su mas grata recompensa , sea su azote..... Concluyamós , el luxo es sin disputa el asesino de la posteridad.

A medida que la union conyugal se hace mas rara, se multiplican á lo infinito, principalmente en las grandes poblaciones , esa clase de mugeres inútiles , que ni aun saben cubrir con el velo de la ilusion su perversidad ; monstruos de esterilidad , cada vez que sacrifican al

vicio cometen un latrocinio contra la poblacion ; semejantes á la mosca perezosa que va á libar en el cáliz de las flores el precioso polvo con que la abeja officiosa produxera sazónada miel.

Pero si la fortuna del esposo no bastase al luxo disipador de su amada mitad, ¿tendré necesidad de retratar el desorden, las tramas, la corrupcion, el honor de la muger expuesto á despeñarse á impulsos de la insaciable avaricia y vanidad? ¿tendré necesidad de decir que la paz, la concordia y la confianza se eclipsan, que la discordia se introduce poco á poco en el seno de las familias con todo el

séquito de males que la acompañan?... No mas... echemos un velo sobre este cuadro horrendo, pero por desgracia demasiado fiel, del lujo de las mugeres.

No es esto todo. Las mugeres son diestras y mañosas: nosotros somos débiles y las queremos á pesar de sus defectos. El amor propio de los hombres subsiste, aun quando su cariño no exîsta. Se quiere tener una muger de mérito personal, no siempre porque se la quiere, sino porque tiene mérito. Tal es el fatal imperio que las mugeres tienen en nosotros en una época en que al lado de tantas luces estan invertidas todas las ideas de la

moral práctica. Para muchos hombres la posesion de una muger de buen personal es una gloria, aunque la detesten, de modo que en último resultado siempre vienen á pagarse los encantos exteriores con rendidos homenajes, verdaderos ó falsos.

Pero en un siglo en que las mugeres son disipadoras, ¿qué hará el hombre que quiera tener merecimiento con ellas? La respuesta es tan fácil como cruel. *Sembrar oro*. Así el hombre mismo se ve sacrificado á la sed del oro, pues solo así podrá ser amado.

De aquí aquella codicia tan funesta á toda otra es-

pecie de mérito : de aquí el crédito , la consideracion y la estimacion pública prodigadas á las riquezas: de aquí la mala fe del mercader , la doblez en los negocios , la parcialidad comprada , la virtud vendida , los abusos sancionados por la opinion, alterado el órden y corrompidas las masas enteras de las naciones : de aquí infinitos males, que se evitarian si el luxo de las mugeres fuera severamente reprimido.

Se me dirá acaso ¿por qué reprehender con preferencia el luxo de las mugeres? Porque en ellas hace progresos mas rápidos que en el hombre , sin que nada pueda contenerlas, como

lo prueba la historia del lujo de las matronas romanas, porque en las mugeres ninguna consideracion, sea la que fuere, puede oponerse al torrente asolador de sus deseos; porque las mugeres, una vez puestas en el camino de los goces, no reconocen limites: extremadas en todo, devorarian en un momento la fortuna de diez familias. Véase el exemplar de Cleopatra.

¿Por qué? porque las mugeres nunca estan satisfechas, y porque los placeres del lujo, como todos los demas, las fastidian sin hartarlas nunca.

¿Por qué? porque el lujo que las rodea les da de-

masiada influencia, que siempre es funesta.

¿Pero cómo reprimir el luxo? ¿Por medio de leyes suntuarias, que solo permitiesen á las clases elevadas del estado el uso de las materias mas preciosas? No por cierto; porque el gran número de leyes que se han promulgado sobre este asunto, prueban su inutilidad. Permitir solo á los grandes los objetos del luxo, es dar mayor mérito á estos mismos objetos, es aumentar su valor á los ojos de la muchedumbre. Zeleno corrigió el luxo desenfrenado de las Locrianas, prohibiendo á las personas mas distinguidas el uso de las cosas super-

fluas : ninguna muger de alto rango podia llevar mas de una esclava , á ménos de que no estuviese impedida: no permitió las joyas de oro y los bordados , sino á las prostitutas ; y las sortijas preciosas á los hombres desacreditados por sus costumbres... Estas leyes fueron obedecidas , y tuvieron su efecto mientras que las numerosas leyes que despues se han publicado en todos los pueblos sobre el mismo objeto , no han hecho otra cosa sino inflamar la codicia y el deseo de poseer las brillantes superfluidades que se querian proscribir. Podria dar mas extension á este asunto , pero no me atrevo.

De la moda.

¿Quién es aquella deidad profana, inconstante, incómoda, rara en sus gustos, loca en sus atavíos, que parece que huye, vuelve, se esconde y se reproduce en todos los tiempos? Su nombre es la moda; dícese hija de Protéo.

Así han pintado los poetas este ídolo, á quien se ha rendido servil homenaje en todos tiempos, y que aun sabe agoviar la sabiduría, baxo el yugo de la locura por la amenaza del ridículo.

Este ídolo no halla incrédulos, su profano culto está establecido en todas partes, cuenta con el homenaje de todos los pueblos, y todos los pueblos se lo rinden.

Es cosa bien extraña que este poder prodigioso de la opinion que á su vez proscribe lo que ántes aprobaba, nos obligue á aplaudir lo mismo que se va á derribar mañana: y que hoy haga encontrar donayre en una forma que ayer nos parecía ridícula.

Acasó somos injustos sindicando ligeramente de inconstantes á las mugeres, y atribuyéndolas un gusto, que tal vez nosotros mismos hemos inspirado. Esta in-

constancia, que toca en exceso, con los objetos de sus atavíos, quizás debe mas bien imputarse á nuestra ligereza que á la suya. No hay duda, las mugeres en general temen ser unas mismas siempre, porque desconfian de nuestra constancia, y si se renuevan, por decirlo así, todos los dias, es para ofrecer nuevos motivos á nuestro incienso: en una palabra, quieren fixarnos por nuestra inconstancia misma: este temor es mucho mas fundado en las cortes, donde las mugeres saben se ha menester de mucha volubilidad para fixar un corazon cortesano; y como las capitales son el

gran taller de la moda ; por eso es tan inconstante en todos los demas pueblos donde se comunica como un contagio.

No me atreveré á afirmar que este motivo sea la única causa de la versatili- dad de las modas: otras muchas causas se reunen alguna vez, que son ménos lison- geras á nuestro sexô ; pero conservemos á lo ménos, si es posible, la feliz ilusion, que las mas veces es lo único real que exîste en nues- tros gustos.

Por mí siempre viviré persuadido que quando los hombres seamos ménos frivo- los, las mugeres serán mé- nos ligeras. El fin de las mu-

geres es agradar , y su talento fino y observador sabe muy bien lo que nos agrada , sin necesidad de preguntarlo. Razonan sobre los medios que emplean , proporcionados á nuestras inclinaciones particulares. Si se engañan, no es siempre en la teoría , sino , como lo haremos ver , en la execucion: deducen falsas conseqüencias de un principio cierto.

Algunos autores se han declarado panegiristas de la moda , considerándola baxo las relaciones económica y política : han visto en ella un ramo de comercio importante y productivo , una verdadera mina de oro útil á todos los estados que se-

pan beneficiarla, y un acrecentamiento de luxo necesario á la circulacion general. Estos señores se han engañado.

Se ha razonado y delirado mucho sobre el luxo, y si pudiera compilarse todo lo que sus partidarios y sus enemigos han escrito, se veria que los argumentos en su favor son inferiores á los que se han producido contra él: pero ya hemos hablado del luxo de las mugeres, y no queremos ni debemos considerar la moda baxo este punto de vista.

No exâminarémos en la moda sino ese poder tiránico que exerce en nosotros, y que, como queda di-

cho, nos deslumbra hasta hacernos hallar encantos en los objetos que habíamos reprobado, y movernos á risa lo que nos seducía poco ántes; ceguedad muy extraña sin duda, y contra la qual tanto se ha declamado.

El pueblo frances es sin disputa el pueblo del universo mas humildemente sometido á la moda, lo qual me hace acordar de unas pinturas de capricho que he visto, y me hicieron gracia. El pintor habia representado diferentes pueblos del mundo: cada uno de ellos estaba vestido segun el uso de su pais; pero el pueblo frances estaba desnudo, y llevaba debaxo del brazo un

paquete : mas abaxo el pintor habia escrito estas palabras : *como este acostumbra mudar de trage cada dia, le damos su tela para que se vista como quiera.*

El pintor pudo sacar esta idea de un libro italiano impreso mucho tiempo hace , que refiere la aneecdota siguiente. Un loco andaba desnudo por las calles con una pieza de paño al hombro. Quando se le preguntaba por qué no se vestia , supuesto que tenia paño ; ¡ ah! respondia , estoy esperando que se acaben las modas, porque no quiero echar á perder mi paño , haciéndome un vestido que dentro de poco de nada me ser-

...

viria , porque no seria de moda ?

Esta propension á la mudanza es muy antigua en toda Europa , como la notáron muchos autores anteriores al siglo de Luis XIV. Y ¿ qué dirian estos autores si volviesen ahora , y viesen hasta qué punto se ha aumentado este gasto extraño de continua novedad ? Si viesen las europeas únicamente ocupadas en el cuidado de variar , y sin mas motivo que el de variar : vestirse hoy de distinto modo que ayer , no para estar mejor , sino por el único placer de estar de otra manera : dexar un traje ayroso , no para tomar otro mas ayroso , sino para to-

mar uno que nadie haya visto todavia?

Pero la moda ha extendido ya su imperio de otro modo mas extravagante. No contenta con dictar leyes á las gracias, con decidir de la forma de nuestros vestidos, del color de las telas, ó del número de pliegues que ha de llevar una camisa; ha sabido sojuzgar tambien á su poder invisible las artes todas, las ciencias, el lenguaje, y hasta las mismas enfermedades y el medio de curarlas. No seria buen tono tomar un medicamento que ya no es de moda: lo contrario seria curarse como aldeano, y quando se cometa este error, bien podrá uno

aplaudir la curacion , pero ya se guardará de alabarla en público.

Pero volvamos á nuestro asunto , á la moda propiamente dicha , á esa orgullosa rival de la naturaleza , que solo suele reynar á expensas de las gracias y de la hermosura.

Las mugeres , zelosas de conservar en todo tiempo , y aun de aumentar acaso el imperio que tienen sobre nuestro sexô , creyendo no tienen armas mas poderosas que las de la hermosura ; á fin de dar mas poder á sus atractivos , han apelado al arte para unirlo con la naturaleza : de aquí nació el gusto antiquísimo á la compos-

tura generalmente propagado, y que se encuentra en el salvaje desnudo, como en la Européa vestida de seda y oro: la mogolesa, cuyo cuerpo todo está cubierto de flores y de figuras de animales, que ella misma se ha gravado en su piel, se envanece tanto con su adorno como una petimetra de Madrid con un vestido bordado.

¿Pero las mugeres que cifran el gusto del tocador en perpetuas mudanzas, sometándose al yugo vergonzoso de la moda, siguen el fin que se proponen? Me atrevo á decir que no.

El adorno es para la hermosura lo que la armonía para la música; debe

darla valor y realce, pero nunca eclipsarla ni enmascararla.

Es como el luxo de los acompañamientos de música, que léjos de dar valor al canto, lo ahogan.

La compostura, como el acompañamiento de la música, debe conciliarse con la persona para realzarla; debe variar según la figura, las facciones, el todo de la fisonomía, el color del cutis y de los cabellos; debe también modificarse, según la edad, el estado y el carácter. Sería tan absurdo que se adornasen todas las mugeres del mismo modo, como cantar todas las arias y canciones con un mismo acompañamiento.

Las mugeres de gusto saben muy bien que el adorno debe ser adecuado á la persona, y se guardarán de adoptar novedades que afeen su hermosura, y que no realcen sus dotes naturales, ó que disfracen mal los defectos de la misma naturaleza. Estas mugeres no consultan la moda, sino su figura: no imitan, sino que inventan. Los felices frutos de su fecunda imaginacion deben aparecer gratos necesariamente, porque guian su imaginacion por el gusto, y no por el capricho. Las mugeres ménos discretas adoptan los nuevos atavíos, sin pensar en que no convienen á todas las figuras, ni á

todos los rostros ; y he aquí el abuso de la moda.

¿ Pero qué cosa es moda en el sentido que aquí le damos ? ¿ es aquel género de adorno que algunas veces cae bien á algunas mugeres, y que todas quieren adoptar ? es por exemplo un peynado que afea mucho á una que lo adopta , porque lo vió con aplauso en la cabeza de otra, ó un vestido que descubre los defectos del cuerpo de Eufemia , pero que Eufemia quiere llevar porque conviene mucho al cuerpo de la jóven Leonor. ¿ Quántos contrastes no percibe una vista delicada en las facciones y adorno de las mugeres esclavas de la moda ! Allí se ven

los brazos de una que por prudencia debieran permanecer escondidos baxo la officiosa cubierta de unos guantes; pero que por obedecer á la moda, nos ofrecen desnudos el espectáculo de una flaqueza, y un color de mal agüero.

Podria citar mil exemplares del mal gusto de muchas mugeres, y del modo como se desfiguran, siguiendo ciegamente las modas; ¿pero para qué mas? Ellas mismas observan mejor todos los defectos que presentan á su risa las demas mugeres, y siempre que me he visto en concurrencias, me ha bastado un quarto de hora de conversacion con una sola para enterarme inmedia-

tamente de lo mal entendido del adorno de las otras. Repito que la moda es la tirana del buen gusto, y la exterminadora de la hermosura esencial.

No será extraño que muchas jóvenes exclamen aquí: ¡Hablar mal de la moda! ¿de este objeto tan ameno, que además del gusto de seguirle, queda otro aun mayor, que es el de hablar de él?

Todos convendrán conmigo en que la moda varía con frecuencia, y que para subvenir á esta sed insaciable de tan constante variedad, es menester inventar sin cesar, y que quando se han acabado de adivinar

las formas sencillás y elegantes, es preciso recurrir á las mas irregulares, raras y extravagantes. ¿Todas estas formas é invenciones están aprobadas por el buen gusto? No por cierto.... Me replican, pero la moda de hoy es agradable y deliciosa: y la de ahora diez años era horrorosa. Esto es claro. Sin embargo, esa moda horrorosa era la moda diez años hace: luego entónces era agradable; y de la moda de hoy, ¿qué me dirán dentro de diez años?

— ¡Qué lástima que los cuentos de encantadoras sean cuentos! Porque si pudieran existir seres tan maravillosos que obrasen tantos prodi-

gios con el mero movimiento de una varita de virtudes, tendríamos un medio muy cómodo para comprender bien esta materia. Supongámoslo sin embargo.

Ernestina es hermosa, se pone en su tocador, se adorna con elegancia y tanta novedad, que aterra á sus rivales.

Al salir del tocador, una encantadora enemiga mueve su varita mágica, y Ernestina, que iba á un bayle, se queda dormida. ¿Quánto durará su sueño? Diez años, que es una friolera para cualquier encantadora.

Ernestina ha dormido diez años: despierta, se espereza un poco, abre los ojos,

y conoce que ha dormido: sale de su casa, y se va al bayle. ¡Qué asombro! Por todas partes suena una risa interminable desde el instante en que entra en la sala: todos la dirigen sus miradas, todos la señalan con el dedo. Ella se queda estática, sin comprehender la causa de tan singular recibo. Señora, le dice la mas cercana á su asiento, ¿cómo no tiene usted vergüenza de presentarse en público con ese traje tan feo? Señora, ¡qué dice usted! responde Ernestina, si es el traje de última moda; ustedes sí que estan vestidas de un modobien extravagante y raro: ¿estamos en algun bayle de máscara?

¡ Bayle de máscara ! dice Amalia con maligna sonrisa: vaya, vaya, esta señora tiene ida la cabeza. Ursula toma la palabra, y responde, señora Ernestina, usted será la única que venga dispuesta para tal bayle; pero aunque sea eso, usted es por la verdad muy jóven para vestirse así, como una vieja. A fé mia que no parece sino que mi abuela le ha prestado sus vestidos, y hasta el modo de llevarlos.... Mis lectoras podrán muy bien concluir la suposición del cuento. He aquí sin embargo lo que sucedería realmente si fuese posible reunir de repente dos mugeres vestidas con la moda de algunos años

de intervalo. Es, pues, evidente que el uso solo es el que dá valor á la moda, y que hoy se preconiza lo que se ha de silvar mañana. No es en general el buen gusto de un adorno ó de una forma lo que constituye su mérito, sino el capricho del momento. Se mira con agrado una moda muy fea, con tal que sea nueva; y se mira con desdén una moda muy linda y graciosa, si ha pasado. Es por consiguiente una tirana, hija del tedio y de la novedad.

Hay sin duda modas que dicen con el buen gusto: pero hay en todas las cosas un punto de perfeccion que no puede excederse sin equivo-

carse y extraviarse. Llegando á esta perfeccion ya no puede hacerse alteracion alguna sino para separarse de ella, que es precisamente lo que nos sucede.

Todas las mugeres deben persuadirse, que la extravagancia mata el gusto, y que la sencillez será siempre la que conserve justos derechos de adornar la hermosura.

Los caprichos de la moda, léjos de añadir influencia á la que las mugeres pretenden tener sobre nuestro sexô, solo sirven de afearlas y hacerlas ridículas á nuestros ojos.

En tiempo en que las mugeres griegas hicieron un papel tan brillante, en que

recibiéron los homenages de los mayores y mas insignes varones, fué aquel en que la sencillez de su trage estaba de acuerdo con la perfeccion de sus encantos. Entónces no agoviaban la cabeza con un vano luxo de ornatos inútiles. Sus cabellos negros y largos caian en bucles y ondas sobre sus hombros, ó bien una simple aguja de oro les daba realce y contenia sus bellas trenzas. En las ciudades iban siempre con la cabeza desnuda: si tenian que exponerse al ardor del sol, se ponian un sombrerillo que resguardaba el cutis sin ofensa del gusto.

No debo terminar este

capítulo sin notar que muchas de nuestras modas tienen un origen obscuro, vil, odioso ú atroz. Todos los sucesos han dado ocasion á alguna moda, y muchas veces se han adoptado, para el adorno, objetos que recordaban la memoria dolorosa de accidentes funestos. Así en otro tiempo, habiéndose incendiado la casa de la opera, en que perecieron una multitud de desgraciados en París, se vió pocos dias despues aparecer el color del *fuego de opera*, como el color de última moda. Las mugeres tan sensibles, tan tiernas al infortunio, ¡qué horror! ¡se adornaban con el triste recuerdo de hombres

quemados vivos! ¡*El fuego de opera* fué lindo color!....

Apartemos la vista de tan funesto objeto: rara vez nos ofrece la moda este grado de atrocidad; pero tambien ha sido vil muchas veces: ha ido á tomar su origen hasta en el barro sucio para deducir despues brillantes extravagancias, que dominan la opinion y seducen. El tierno azul celeste, el bello color de rosa, y el verde prado se hiciéron colores demasiado comunes, que se abandonáron á las condiciones obscuras: y el *barro de Paris*, y el *ollin de Chimenea* que han traído á Madrid nuestras modistas, se hiciéron colores de moda. En

fin, no ha habido rareza en que no se haya cimentado el imperio de la moda reynante; siempre que por el furor de mudar se han visto en la necesidad de abandonar el buen gusto y la decencia, que son los únicos principios que debe consultar toda muger digna de aprecio.

*De la desnudez de las
mugeres.*

Si el pudor es natural al sexô, ¿por qué, pues, ese gusto tan raro de muchas mugeres á la desnudez en sus trages? En todos tiempos se ha declamado contra este abuso, lo qual prueba que ha exístido siempre: es una moda que ha desaparecido por intervalos, pero que siempre vuelve despues á establecerse con descaro.

Podria formarse la historia de las costumbres de un pueblo por la de sus trages,

y siempre se verá que las épocas de mayor corrupción fueron en las que dominó el gusto de la desnudez con mas exceso.

Entre los romanos las mugeres vestian una tela tan transparente que dexaba ver el cuerpo quasi desnudo. Fabricaban esta tela de una seda sumamente fina que tenían de color de púrpura ántes de texerla. Las conchas que subministraban esta preciosa tintura, se pescaban en la isla de Cos. De aquí los autores llamaron esta tela *vestido de Cos*, y es digno de notarse, segun Plinio, que una muger fué la que inventó esta tela transparente. Tambien Séneca habló de

estos vestidos. »Véase, dice,
 »esos vestidos, si acaso pue-
 »den llamarse tales. ¿Qué
 »notareis en ellos que pue-
 »da cubrir el cuerpo con
 »decencia? La muger que se
 »los pone ¿se atreverá á ju-
 »rar que no va desnuda?»

Parece que entónces, co-
 mo en los tiempos presentes,
 las mugeres, cuyo cuerpo
 desmedrado pedia el pru-
 dente auxilio de un velo,
 hacian á la moda sacrificio
 de su amor propio, adop-
 tando generosamente un tra-
 ge que revelaba públicamen-
 te los progresos de la edad,
 y las injurias del tiempo. Ho-
 racio se mofa de Licea, por
 que llevaba, como las jóve-
 nes, vestidos transparentes de

gasa de Cos. Ya no os dice bien el traje de púrpura de Cos.

Esta moda vergonzosa duró mucho tiempo: adoptada desde luego por las cortesanas, la siguiéron, no se sabe por qué, las mugeres de clase que procuráron imitarlas, y aun duraba en tiempo de San Gerónimo, que declamó contra semejante abuso. No se centró esta moda en Roma, sino que se extendió por los mismos romanos, y se sabe que las mugeres de Jerusalem llegóron á usarla.

Ignórase hasta qué época sería menester ascender para hallar el origen de esta moda. Se hallan modelos de ella hasta en los siglos mas

remotos. En la obra de Montfaucon se halla la figura de una muger egypcia vestida con una túnica tan fina, que señalaba perfectamente todos los contornos, y lo mas singular es que esta muger vestia su trage absolutamente lo mismo que los que hacen hoy las modistas francesas; es decir, que ajustándolos con arte al cuerpo, determinan todas las formas.

Hace quatrocientos años que llevaban como hoy el seno y la espalda descubiertos. Los monumentos históricos nos dicen que así se vestia la reyna Isabel de Baviera, esposa de Carlos VI.

En el reynado de Enrique II. y de Carlos IX. se in-

...

troduxo la indecencia del mismo trage: parece que esta moda duraba aun en tiempo de Enrique III.

Volvió á parecer despues en tiempo de Luis XIV. y desapareció al fin de su reynado para volver en los primeros años del reynado de Luis XV.

Pero en ninguna época, ni en ningun pais culto ha llegado el exceso á tan alto grado como en Europa desde algunos años á esta parte.

Las mugeres se habian sujetado pocos años ántes á modas y usos góticos: pero de repente rompiéron todas las trabas, y tomando por modelo las griegas tan cé-

lebres por su hermosura, nos ofrecen, es verdad, la perfeccion del gusto, pero el olvido de la decencia. En esto, debo decirlo, se apartaron de sus modelos: tal es el progreso ordinario del entendimiento humano, que toca sin cesar en los extremos. Así las mugeres de un traje gótico pasaron á un traje cínico.

Un vestido demasiado severo esconde la hermosura, y un traje demasiado libre la prostituye. Un poeta latino dixo: »Diana me desagrada vestida, y Citerea desnuda: una no tiene gracia, y la otra tiene desenvoltura.»

Si nuestras europeas han

tenido ánimo de imitar á las griegas , se han separado mucho de su decencia y de sus costumbres. Las mugeres griegas vivian muy retiradas en quartos impenetrables ; su trage adornaba sus encantos sin revelarlos. El exemplo de las jóvenes de Esparta no fué seguído en ningun otro parage de la Grecia , y los usos y trages que nos han transmitido los artistas , eran los de las cortesanas que ultrajaban el pudor ; y aun es de presumir que la imaginacion del artista haya tenido la complacencia de expresar mas de lo que era. ¿ Juzgaríamos aun hoy dia del trage de nuestras mugeres , por

los retratos de capricho que trazan nuestros pintores? ¿Podrá la posteridad juzgar tampoco del verdadero estado de nuestros trages por semejantes caprichos?

No solamente era muy severo el traje de las griegas, sino que rara vez podian parecer delante de los hombres, y Plutarco refiere que Elpinice se vió despreciada porque habia parecido delante de Polignoto, aunque este artista no hizo mas que dibuxar su figura, cuyo rostro estaba tapado. Los habitantes de la isla de Cos reusáron colocar en su ciudad la estatua de Venus, porque estaba al desnudo.

En todos tiempos se ha declamado contra la desnudez, y con mucha razon, pero poco se ha conseguido.

En Europa, donde como hemos dicho se renuevan y producen todas las modas, se ha hecho quanto ha sido posible para retraer á las mugeres de esta moda insensata é impúdica, demostrándolas que ellas le sacrificaban las ventajas mas preciosas: los médicos han probado quán perniciosa es la desnudez á la salud: mil exemplares han corroborado esta justa opinion, comparados con los principios de la Higiene: muchas víctimas han delatado á la razon esta moda asesina. Con todo eso las mugeres se

han resuelto á exponerse á todos los peligros. Arrostrar la muerte por la gloria, es el valor de los héroes: y arrostrar la muerte por el capricho, es el valor de las mugeres modernas.

Hay otra consideracion que debia importarles mas. Si las mugeres deben conservar su hermosura y lo terso y suave del cutis, deberian ir cubiertas. En otra parte probaré que la piel ó el cutis, expuesto sin cesar al contacto del ayre, se entorpece, se obscurece y pierde aquella suavidad que le pertenece, y que solo pueden conservar los vestidos y el lienzo blanco. Tiempo vendrá en que los hombres prefieran á la

muger modesta, cuyos brazos y seno permanezcan ocultos. En efecto, ¿qué aprecio merecerá una muger descubierta á los ojos de todos?... Pero ella llevará consigo el castigo: la naturaleza vengará sus impúdicas ofensas: el ayre desecará sus formas y robará su frescura: la luz obscurecerá el esplendor de su tez, obscurecerá su blancura, y hará grosero su tejido: la flor de sus atractivos quedará marchita. Una muger hace pues el sacrificio de su hermosura, quando con la vana esperanza de parecer mejor, ostenta en público lo que el pudor y la virtud mandan ocultar con recato.

Pero por qué motivo ha-

cen este sacrificio las mugeres? cuál es su fin? agradar y siempre agradar; pero este no es el medio: viven muy equivocadas, y pierden mas de lo que ganan.

En efecto, toda muger que para agradar no solicite otro medio que el de interesar los sentidos, obtendrá consideraciones tan poco permanentes como las impresiones pasajeras que las hayan producido.

Las mugeres se quejan del poco decoro con que los hombres las tratan ya; ¿mas por dónde pueden esperar que se las respete como era justo? No dexándonos nada que desear, cuentan inspirarnos ni estimacion ni afectos?

Dexen pues la desnudez á esas mugeres depravadas, que sabiendo que no pueden mover el corazon, no les queda mas que el vergonzoso recurso de hablar á los sentidos: á esas mugeres que suplen á la verdadera hermosura con falsas asechanzas, con redes pérfidas, que procuran seducir porque no saben interesar, que prodigan todos sus atractivos de una vez, porque no tienen mas que un momento de agradar: en fin, á esas mugeres, cerca de las quales la vista es asesina de la imaginacion.

*Historia sucinta de las
modas.*

Los trages de los españoles han sido los de las naciones que sucesivamente los han conquistado ó subyugado. Así desde los Godos hasta nuestros dias , esta nacion ha pasado por todas las vicisitudes de las modas extranjeras. La que traxo á España la casa de Austria , duró aun despues de su dominacion; pero muy poco tiempo : era respetable, tenia gracia y naturalidad. La Francia nos traxo con el tiempo sus usos

en el vestir , y ya tocamos la época en que no sé distingue un cortesano madrileño de un elegante parisien. Consideraremos pues la historia de las modas francesas , porque tiene mas inmediata relacion con el estado actual de nuestros usos , que no se pueden ya reputar como característico de los españoles , pues son prestados de las formas extranjeras.

Como esta obra está destinada particularmente á las mugeres, no hablaré mas que de sus trages: es verdad que no será mas que una corta parte de lo que habria que decir en esta vasta materia; pero es la única que puede convenir al fin que nos hemos

propuesto. Se verá que el imperio de la moda ha sido siempre, como queda dicho, el esclavo de los caprichos mas extravagantes, y que las modas mas ridículas fuéron siempre las que mas duráron, ó que mas pronto se reproduxéron.

Poco se sabe de la historia de los trages en los siglos antiguos: pocos escritos hablan de ellos, y pocos monumentos nos han conservado sus formas. Aun debemos decir en esta parte, que los monumentos no siempre son autoridad suficiente, porque si los artistas antiguos se tomaron las mismas licencias que nuestros artistas modernos, es probable que traba-

jasen de imaginacion en las obras que dexáron; y solo combinando los monumentos con las relaciones históricas, y con las leyes suntuarias, podria llegarse á saber la verdad en este asunto tan curioso.

El vestido del siglo XII. parece se reduxo á una simple túnica ajustada con un cinturon; un manto que tan solo era permitido á las mugeres casadas, y un velo: tal es el trage que nos han conservado los monumentos de aquel tiempo. Traian pendiente de la cintura una bolsa, muy parecida al *ridiculo* de nuestras francesas del dia, y en la qual llevaban el dinero. En el si-

glo XIII. batas tan largas, que las mugeres de clase no podian andar sin levantarlas un poco por delante. Pero pasemos á fines del siglo XIV., desde cuya época ya son mas comprehensibles las variaciones de la moda.

En este siglo las viudas se semejaban por su trage á las monjas de aquella edad. Es verdad que las mugeres, cuya vocacion las llamaba á la reclusion del cláustro, se vestian de viudas, que era el trage ó hábito de la órden, y que despues se ha determinado mejor.

Algunos monumentos nos dan idea de las modas de aquella época. En una pintura, deducida de un ma-

nuscrito de la biblioteca de los Celestinos de París, que representa la consagracion de Cárlos V. de Francia, se advierte en las mugeres un peynado semejante al que estuvo en voga en el siglo de Luis XIV., conocido con el nombre de *peynado á la Nino*: sin embargo no era el único: se usaban grandes gorros, que representaban un corazon, en el qual se encajaba la cabeza, proporcionándolo de modo, que la barbilla formase la punta.

Poco despues, en tiempo de la Reyna Isabel de Baviera, las extremidades superiores de este corazon se fuéron alargando insensiblemente, y acabáron de for-

mar dos especies de cuernos muy ridículos, y tan grandes, que quando las mugeres querian pasar por una puerta regular, no cabian. Este uso excitó el zelo religioso de los predicadores que declamáron contra él.

Tambien llevaban las mugeres en aquel tiempo velos tan disformes, que colgaban hasta el suelo: usaban sombrerillos reforzados por delante, de piezas de cuero, y muchos aros de ballena para darles consistencia. Encima de esta especie de embudo es fácil figurarse qué cabezas tan lindas quedarian con sus dos grandes cuernos. Sin embargo, esta era la idea de las damas de aquel tiempo.

Con todo no debe creerse que este peynado lo usase la mayor parte de las mugeres : es de presumir que entonces , como ahora , los usos mas ridículos eran adoptados por las personas que querian distinguirse mas , y se desfiguraban á proporcion de su rango y dignidad : de manera , que si los monumentos nos han transmitido tantos usos ridículos , es porque los pintores y escultores solo hacen por lo regular los retratos y estátuas de los personages distinguidos. Si fuera necesario apoyariamos esta opinion en otros muchos monumentos antiguos.

En la misma época comenzaron á multiplicarse los

gorros de pan de azucar, á los quales se ponía un velo que colgaba mas ó ménos, segun la calidad de la persona que lo llevaba. Esta moda prosperó en Inglaterra en el siglo XIV., porque el primer monumento en que se halla este peynado, es una miniatura de un manuscrito, que representa la entrada en París de la Reyna Isabel de Inglaterra, hermana de Carlos el hermoso. Esta Reyna traía un peynado en punta, sumamente alto, cargado de encages, cuyas puntas fluctuaban en el ayre.

En el siglo XV. volvieron los collares y brazaletes. Ana Sorel añadió el uso de

los pendientes, que ya era conocido anteriormente, aunque no muy comun. El gusto por las alhajas llegó á rayar en furor; y miéntras que el luxo llegaba á este punto, se ignoraban las comodidades de la vida; pues en el invierno rigoroso de 1457, las señoras de la Corte, por no saber andar de otro modo, se metian en toneles, y se hacian arrastrar para transitar las calles de París.

Entónces domináron mucho los peynados de pan de azúcar. Parece que este uso no era ridiculo. Quando no era extremado, era muy sencillo y aun gracioso; algunas veces era una especie de tupé chato, coronado de

un turbante de mediana altura, truncado por arriba, y sin rematar en punta. Montfaucon en sus monumentos de la monarquía francesa trae una estampa en que se representa este peynado mas sencillo y gracioso que muchos que se adoptaron despues. Lo demás del trage que manifiesta la propia estampa merece el aprecio del buen gusto. Es una ropa que se ajusta perfectamente al cuerpo: una banda que cubre el seno, y que va despues á la espalda, de donde vuelve á tomarla el brazo que la sostiene. Los que han visto esta estampa sin prevencion, y que la han comparado con los tra-

ges del siglo último, convienen en que los usos del siglo XV. en la materia de que hablamos son mucho mas agradables.

 Pero á fuerza de aumentar insensiblemente la altura del peynado puntiagudo, llegó á ser extravagante. No fué entónces la única vez que la extravagancia ha echado á perder la moda mas agradable y útil. Poco despues hubo que levantar los cancelles de las puertas, para que las mugeres, así peynadas, pudieran pasar sin baxarse, como tuviéron que ensancharlas en la época anterior por la anchura del peynado de cuernos; de modo, que los arquitectos se

viéron obligados á sojuzgar las reglas del arte á las dimensiones de los peynados.

La altura de estos desapareció ; pero fué para reproducirse en diversos tiempos con mas ridiculez que nunca : tan cierto es que las modas mas extravagantes son las que siempre merecieron la preferencia.

A últimos del mismo siglo XV. las mugeres cortáron sus colas enormes , y sus vuelos con que barrián la tierra , y adoptáron ropas muy cortas que adornáron con guarniciones sumamente anchas.

Cansadas de los peynados de á vara , pasáron , como sucede casi siempre , de uno

á otro extremo: adoptáron los gorros chatos, y se aplastó tanto el peynado, que las mugeres parecian mochas.

En esta misma época, muy poco despues, abandonáron todas estas rarezas de que se habian hecho esclavas, se acomodáron los cabellos con gracia, y vistiéron de raso blanco. Así se presentó en Francia la Reyna, muger de Cárlos VII, el dia de su casamiento, la qual en el fallecimiento de su esposo tomó un velo negro, que no dexó nunca. Las damas de la Corte adoptáron por adulation ó por gracia, lo que solo fué en su principio la señal del dolor, y todas tomaron el velo negro; pero

este color lúgubre se vió adornado poco despues con faxas roxas y de color de púrpura ; esta moda quedó abandonada á las simples aldeanas , que siguiendo las lecciones de la Corte , enriquecieron á su vez este mismo velo con perlas y colgantes de oro. Entónces las mugeres de la Corte recurrieron á distinciones particulares. Las duquesas llevaban una corona con tréboles y una pluma , y las condesas una corona guarnecida de perlas y una pluma.

Entónces fué quando la Francia comenzó á hacerse dueña del cetro de la moda, que no ha vuelto á soltar , y desde aquel tiempo hace a-

doptar sus gustos en toda la Europa ; envia á las cortes extranjeras quanto pertenece al ornato de la muger. Ana de Bretaña, muger de Luis XII. (*) amaba el fausto : rodeó su corte de damas, de que nacióron trages mas elegantes y un vestir ménos raro.

Pero en tiempo de Francisco I. (**) fué quando la galantería y la suntuosidad de los trages llegó al mas alto grado que nunca. Las mugeres comenzáron á levantar sus cabellos. La Reyna Margarita de Navarra se hacia rizar los de las sienes,

(*) Año 1498.

(**) En 1515.

y levantar los de la frente: añadía alguna vez á este peinado un gorrito de raso ó terciopelo guarnecido de perlas y pedrería, coronado con un plumage. Este tocado era de buen gusto, y á pesar de eso se veían de quando en quando los altos peinados que luchaban por obtener la preferencia. En el mismo reynado de Francisco I. se encuentra la moda mas ridícula que acaso ha existido sobre el talle desfigurado de las mugeres. Quiero hablar de los guarda infantes, que despues mudáron de forma y de nombre, y que han llegado hasta nuestros dias con el nombre de tontillo.

El guarda infante era una

especie de basquiña guarnecida de aros, que se ensanchaban mas por abaxo, de manera que el cuerpo de la muger desde la cintura hasta los pies parecia á una campana.

El luxo fué creciendo cada vez mas, no obstante la severa censura y las declaraciones que se publicáron, prohibiendo las telas de oro y plata. En tiempo de Enrique II. ya no conoció límites, aunque este Rey renovó las providencias de su predecesor, y que las amplió, reprimiendo mas particularmente el luxo de las mugeres; pero ¿qué pueden las providencias del gobierno contra el genio volcánico

de las mugeres!... En tiempo del mismo Enrique, Catalina de Médicis daba el exemplo del luxo mas brillante. Se hizo una mudanza notable en los trages, como en las costumbres, y los italianos llevaron por la primera vez á Francia el uso de los afeytes.

En esta época anduvo mas en voga que nunca el uso del sombrerillo, que duró mucho tiempo, porque era una señal de distincion. La ley suntuaria no permitia llevar sombrerillo de terciopelo sino á las damas de la corte. Las demas mugeres se resarcian de esta cruel excepcion, llevándolo de paño, bien que el de terciopelo

pelo era para ellas de la mayor importancia. Por eso se vió á la Boursier, partera de Cámara de María de Médicis, solicitar por mucho tiempo el honor de llevar un sombrerillo de terciopelo, gracia que al fin obtuvo por orden expresa del Rey.

Entónces llevaban los hombres sombreros pequeños muy baxos, adornados con una pluma; pero lo mas singular es que las mugeres adoptáron el mismo sombrero en su tocado. El retrato de Margarita, tercera y última hija de Francisco I., hecho por Corneille, pintor de aquel tiempo, la representa con un sombrero semejante al del Rey su hermano.

Parece que los abanicos eran entónces muebles muy recomendables, porque las mugeres de mas elevada condicion se hacian retratar con su abanico en la mano.

En aquel tiempo apareció en los hombres un capricho muy singular, es á saber, las barrigas de moda... Encontraron que una gran barriga daba á su propietario cierto ayre magestuoso que podia contribuir infinito á su mérito personal. Los que maltratados por la fortuna no podian procurarse por las vias interiores esta gordura, que daba tantos derechos á la consideracion, lo remediaban con suplementos exteriores: se fabricaron

barrigas postizas, y el arte del sastre reemplazó lo que no podia ya hacer un buen cocinero. Las mugeres se imagináron que este gusto podia tener sus conveniencias, y apareciéron de repente gordas por la parte posterior, y se cubriéron el rostro con una especie de máscara negra que se llamaba *lobo*. Aun duraba este uso en tiempo de Enrique III.

Los reynados de Carlos IX. y de Enrique III. nos ofrecen pocas variaciones en estos usos. Vemos tan solamente que los guarda infantes tomáron tal tamaño, que Carlos IX. se vió en la precision de determinarlos

por un artículo de la ordenanza de Blois de 1560, que dice así: *prohibimos á todas las mugeres que lleven guarda infantes mayores de una vara ó vara y media de diámetro.* Pero los reglamentos de los reyes no pudiéron mas que la censura de los moralistas, y se continuáron por muchos años ensanchando los guarda infantes.

*Continuacion del mismo
asunto. — Modas hasta
nuestros dias.*

A medida que nos acercamos mas á nuestros tiempos , son mas numerosos los materiales relativos á las diversas mudanzas que han experimentado estos usos en las mugeres ; pero á trueque de no ser molestos , pasaremos en silencio muchos hechos , y nos limitaremos á referir algunas anécdotas y rasgos que acaben de dar la idea de la extrañeza del gusto de las mugeres aun en

los siglos que merecen la honrosa calificación de ilustrados.

Enrique IV. conoció la necesidad de poner límites al luxo que iba siempre en aumento. Entre todas las leyes suntuarias, ninguna fué mejor concebida que el edicto de 1604, en que la sabiduría de Enrique, despues de haber prohibido llevar en el vestido oro y plata, añade.

» Excepto sin embargo las
» mugeres públicas y los ra-
» teros, con quienes no tene-
» nemos interes alguno en
» que se les haga la honra de
» cuidar de su conducta. » Este edicto fué acaso el único que ha producido en los tiempos modernos su pron-

to efecto. Ni aun las prostitutas ni rateros se atrevieron á usar de un permiso que no existia mas que para ellos, mientras que hasta entónces habian hecho muy poco caso de las reiteradas prohibiciones que se habian publicado.

Pasemos al siglo XVII. Ya habia cesado la moda de los guarda infantes, los tocados altos habian desaparecido mucho tiempo habia, pero volviéron á fines de este siglo, y mas ridículos que ántes: mudáron de nombre, y se llamáron escarapelas.

Supóngase un vasto edificio de alambre, algunas veces de dos pies de altura, dividido en varios altos. So-

bre esta armadura se colocaban muchos pedazos de musolina, cintas, evillas y sortijas hechas de pelo. Por poco que se moviese la muger, todo este edificio temblaba y amenazaba ruina, cosa sumamente incómoda. Cada pieza que entraba en la construccion de este enorme tocado tenia su nombre particular, no ménos ridículo que la cosa: como era, la duquesa, el solitario, la col, el murciélago, el mosquetero, la media luna, el firmamento, el décimo cielo, y otros no ménos extravagantes. Esta moda, sin embargo, cesó de repente: los tocados viniéron abaxo, y las mugeres, creyendo haber disminuido

de altura , adoptáron los tacones altos.

Esta feliz mudanza en el tocado no fué de larga duracion , y las mugeres no tardáron en volver á construir en sus cabezas elegantes edificios. Mas el imperio de las modas está tambien sujeto á violentas convulsiones: un solo momento basta para destruir un peynado, y este momento llegó. Dos Inglesas causáron en las modas la revolucion que debe hacer época en los fastos de su historia. Estas dos damas, luego que llegóron á París, pasáron á Versailles en el mes de Junio de 1714 , para ver cenar á Luis XIV. Traian un tocado sumamente baxo , lo qual e-

ra entónces tan ridículo , como lo seria hoy un tocado de dos pies de elevacion. Luego que entráron, hiciéron tal sensacion , que se suscitó un rumor considerable. El Rey preguntó qué cosa era la que motivaba tan extraño movimiento : se le respondió que lo causaban dos señoras , cuyo peynado era muy raro. El Rey, luego que las vió, dixo á las duquesas y demas damas que se hallaban presentes, que si todas las mugeres fueran capaces de razon , renunciarian sus tocados ridículos, y adoptarian el tocado sencillo de aquellas extrangeras. Las voluntades de un Rey son preceptos para los cortesanos. Las damas creyé-

ron no les quedaba mas remedio que el de someterse: el sacrificio era cruel: derribar tan altos tocados era quasi lo mismo que cortar la cabeza á las mugeres de aquel tiempo; mas no importa, el temor de disgustar la Corte venció, y aquella misma noche se empleó toda en demoler los edificios de tres altos, que descansaban en las cabezas de las señoras de la Corte: se demoliéron los dos primeros altos, y se le quitó al último mas de la mitad de su elevacion. Así terminó por entónces el reinado de los altos tocados, que se habian reproducido en diferentes épocas, por espacio de trescientos años,

y que volviéron sin embar-
go á parecer algun tiempo
despues, como lo verémos mas
adelante, y siempre con un
suplemento extraordinario.

Siento mucho verme en
la obligacion de probar to-
davia que las mugeres, lue-
go que dexan un uso ridí-
culo, toman otro aun mas
raro; pero el historiador
tiene el derecho de decir la
verdad.

Habiendo desaparecido
así los peynados altos, como
por encanto, en una sola no-
che, el capricho femenino
necesitaba de nuevo alimen-
to: los guarda infantes re-
suscitáron con otro nombre;
porque, ¡qué muger hubie-
ra querido llevar una moda

del tiempo de Francisco I.
La persona que lo hubiera
propuesto, se hubiera he-
cho blanco de los tiros de la
sátira, y objeto de la risa
pública; pero por un movi-
miento de ingenio se les lla-
mó tontillos, y todas se vol-
viéron locas de contentas.
Son muy curiosas las cir-
cunstancias de los sucesos
que traxéron otra vez este
uso raro.

Débese á las dos Inglesas, que quedan indicadas, el regreso de los guarda infantes. Dos dias despues de la demolicion de los tocados, nuestras dos inglesas fuéron por la tarde al paseo de las Tuilerías. Sus ropas ahuecadas por amplias ballenas ex-

citáron la curiosidad de los Parisienses, pueblo curioso si lo hay en el mundo: curiosidad sin embargo muy perdonable, pues este espectáculo era entónces nuevo. Se juntó gente al rededor de las dos damas para exâminarlas, y el concurso se aumentaba cada vez mas, de manera que saliéron sofocadas, y acaso hubieran perecido á no ser por un banco de piedra, detras del qual se atrincheráron, y allí pudiéron con ménos peligro contener el asalto que las daba la curiosidad pública. Sin embargo, su posicion era embarazosa: verdad es que estaban guardadas por delante y por detras; pero co-

menzaron á verse atacadas por los dos lados, quando un mosquetero halló medio de salvarlas: detrás del banco habia una empalizada, hizo una brecha en ella, y sacó á las dos sitiadas, conduciéndolas al plantío de naranjos de las Tuilerías, en que él vivia.

No fué menester mas para que volviese el uso de los ahuecadores. Sin embargo, no parecieron de repente; las mugeres temieron el bloqueo, y no se atrevieron á mostrarse en público al instante con este vasto traje. Se empezó á hablar de él, por decir alguna cosa: despues se presentáron las actrices en el teatro muy ahue-

cadás , y ya nació el deseo de llevarlo , pero el temor siempre contenia algo. Las petimetras , que no se atrevian á imitar enteramente á las actrices , empezaron á emplear unos ahuecadores muy disimulados , que ya comenzaban á desfigurar el talle. Es de pensar que tales ahuecadores simulados parecieron bien. En fin , al verano siguiente , dos damas de calidad , pretextando el calor de la estacion y su obesidad , lleváron en su casa formales ahuecadores , y á pocos dias se aventuráron á presentarse en las Tuilerías , primero por la noche , y tomaron la útil precaucion de pasar por el plantío de na-

ranjos, para evitar la entrada de las puertas ordinarias, siempre guardadas por gente de librea, casta cuya insolencia es generalmente conocida. Despues ya se fuéron presentando con mas atrevimiento: otras las fuéron imitando, y así se hizo tan general esta moda, que todas la adoptáron. Algunos años despues las mugeres de los artesanos, y aun las criadas, no hubieran sabido ir al mercado sin ahuecadores, y muy anchos.

Esta época no fué ciertamente para las francesas la época del buen gusto. El blanquete, el colorete, los polvos, todo llegó al exceso: los cabellos rizados, los to-

cados ridículos, los ahuecadores, ¿qué mas era menester para desfigurar la muger mas hermosa? En 1718 Miladi Montagute pasó á Paris: se admiró del aspecto de las francesas, é hizo un retrato de ellas, que no es muy li songero: dice así. »He visto »las que pasan por hermo- »suras entre las damas fran- »cesas. Disgusta el verlas por »su modo de prenderse, y »por el afeyte con que se »cubren el rostro. Sus ca- »bellos cortos y crespos pa- »recen lana, y con su rostro »de color de fuego, ni aun »tienen figura humana: pa- »recen mas bien carneros re- »cien desollados.»

Este era, sin embargo,

el uso y el aspecto de las damas del bello siglo de Luis XIV., y del reynado de Luis XV. Entónces los tocados ridículos tomaron los nombres mas bárbaros: tales eran los que se llamaban peynados á lo mariposa, á lo perro loco, á lo castaña, &c. &c.

Pero en la última época fué quando se ha refinado mas que nunca la extravagancia del tocado. Las mugeres llevaban tocados tan altos, que tenian que arrodillarse en sus coches. Es un hecho de ayer que apenas podrá creerse, pero aun existen muchas mugeres que se han visto sujetas á este inconveniente de la moda.

No olvidaré lo que me referia hace algunos años uno de mis amigos. Se hallaba en la Chapelle con varias damas de su conocimiento á tiempo en que se disponian á partir para Versailles: iban á un bayle de la corte, y sus adornos y atavíos eran elegantes. Mi amigo se admiró de la manera con que estas damas se acomodaron en el coche: la altura de sus plumas no les permitia sentarse, y se pusieron de rodillas una enfrente de otra; y así hicieron su viage de la Chapelle á Versailles. Muchos de estos peynados representaban montañas elevadas, prados esmaltados, riachuelos plateados, bosques, en

fin, un jardín á la inglesa, y un penacho inmenso sostenia todo el edificio por detrás.

En esta época el famoso Carlin, representando delante de la corte una comedia italiana, tuvo la aprensión de poner á su sombrero una pluma de pabo real, excesivamente larga, que puesta bien derecha no habia puerta bastante alta para que pudiera pasar, lo qual dió motivo á que el arlequin hiciese mil monerías; por lo que se le quiso castigar, pero se supo que tenia licencia del Rey para hacerlo.

Las extravagancias de aquel tiempo pueden leerse en los periódicos de las modas

de París, en que se hallan
 anuncios muy particulares.
 Citaré entre otros los si-
 guientes para que se pueda
 juzgar del gusto de aquella
 época, que no dista mucho
 de la nuestra.

»*Del 16 de Octubre de*
 »1778. Hoy se ofrece á las
 »damas un sombrero á lo
 »almirante. Véndese en casa
 »de Mademoiselle Fredin,
 »modista que vive en la ca-
 »lle de la Feronnerie. En es-
 »te sombrero se presenta
 »un baxel sin velas, con
 »todos sus aparejos, sus ca-
 »ñones y baterías, executado
 »con tanta precision como
 »gusto.»

Enero de 1780. »Se ha-
 llan en casa de Mademoise-

lle Saint Quintin , calle de
Clery , prendidos de trofeos
militares : los estandartes y
los timbales estan colocados
maravillosamente.» No nos
detenemos en la moda del
dia , pues está á la vista.

*Del cutis , y de las causas
que lo destruyen.*

Si muchas mugeres hermosas deben esta qualidad á su cutis , si ellas mismas conocen la necesidad de conservarlo , y si esta conservacion influye de una manera directa en la salud , creo deberán agradecer que exâmine los cosméticos que no tienen mas fin que conservar al mismo cutis todas sus perfecciones , y reparar sus defectos.

El cutis blanco , con un cierto realce de encarnado

fino y suave, son las qualidades que mas desean conservarse. Sin embargo, rara vez se reunen todas las circunstancias que exîgen para su perfeccion, y quando se poseen hay multitud de causas, tanto externas como internas, que diariamente contribuyen á defraudárselas.

En efecto, el cutis por sus relaciones con la mayor parte de los órganos internos, experimenta diversas alteraciones, segun la disposicion diferente de estos órganos. Muchas veces aparece marchito, pálido, amarillo, renegrado, empañado, verdoso, morado, &c. segun los diferentes estados en que se hallan ciertas par-

tes del sistema.

El estado aparente del cutis depende, pues, en parte del estado de los órganos internos: así los colores en los climas septentrionales de Europa, y aun en quasi todos los de la zona templada, pueden mirarse como el termómetro verdadero del estado de salud. He dicho en los climas septentrionales de Europa, porque en ellos la blancura del cutis hace mas perceptibles las graduaciones mas delicadas; y siendo el color del cutis un signo bastante seguro de buena salud, se deduce en nuestros climas, que el cutis fresco y lozano, los labios encarnados ó purpurinos, los ojos

vivos y perspicaces son los que anuncian aquel signo. Pero si el cutis aparece pálido, lívido ó aplomado; los ojos caídos, y los labios descoloridos, puede asegurarse que las funciones no están en orden, y que la salud padece.

Las causas externas no dañan ménos á las buenas qualidades del cutis, y su influencia es mas enérgica, porque está en continua acción hasta destruirle enteramente, lo mismo que el agua que cayendo gota á gota llega con el tiempo á escabar una piedra.

Estas causas externas que contribuyen sin interrupcion á destruir la hermosura

del cutis, son la continúa in-temperie del frío, del calor y la luz: tres causas que reunidas contribuyen á que pierda aquella blancura, esplendor, finura y suavidad, que se miran como recomendables. Nadie ignora quanta diferencia hay entre las partes de este órgano, continuamente cubiertas, y las que estan constantemente expuestas al contacto del ayre y de la luz.

Partiendo de este principio se compusieron los primeros cosméticos, que consistian, como lo veremos en otra parte, en especies de pastas, que se aplicaban por la noche al rostro, y que se quitaban á la mañana siguiente.

fe: por este medio se procuraba impedir la influencia de las causas externas, á las partes, cuya delicadeza queria conservarse. Por la misma razon los antiguos, que vendian esclavas, las cubrian el rostro con una especie de barro. Pero esta práctica era incómoda, y ofrecia inconvenientes, de manera que se recurrió á otros medios.

○ Sin embargo, las Venecianas, tan célebres por la hermosura admirable de su cutis, inventáron y usan aun en el dia una pasta compuesta con harina de flor y clara de huevo: hacen con ella una especie de máscara, que se aplican por la noche á la cara, renovando así la prác-

tica que los antiguos nos transmitieron.

Un médico docto *de Senac*, pensaba que las mugeres tendrían siempre el rostro jóven, si pudiesen conservar la frescura de la juventud, que produce el blanco por la tension del cutis, y el encarnado por la plenitud de los vasos sanguíneos: y como entre todos los colores aplicados artificialmente, no hay ninguno que no produzca la vana representacion de lo que debiera ser, este doctor halla un medio de obtener en la realidad lo que los afeytes producen en apariencia. Es preciso, decia, impedir la transpiracion del rostro, por cuyo

medio se hará en los vasos pequeños una obstrucción de linfa y sangre, y el cutis se mantendrá estirado. He aquí el verdadero blanco, el encarnado, y ningunas arrugas, que es quanto se puede desear. Los aceytes, continua, impiden la transpiracion, y con frotarse el rostro con ellos, ó solo aplicar en él drogas, cuya base sea aceyte, se conseguirá mas que con todas las demas pastas, que desecan el cutis, y lo arrugan mas.

Este parecer es exácto hasta cierto punto. Es verdad que nada contribuye mas á la conservacion del cutis, que detener en él los productos de la transpi-

racion insensible. Sin embargo, el medio que indica no es completo, ni conviene en todos los casos; y hay mugeres cuyo cutis padeceria notablemente con el aceyte. Puede añadirse, que los aceytes propiamente dichos, serian alguna vez nocivos, y no siempre producirian el efecto deseado. Es verdad que aplicando al rostro cosmeticos untuosos, se pone un obstáculo á las causas exteriores que destruyen la hermosura del cutis, y la finura de la piel; pero este medio es absolutamente nulo quando hay causas interiores que desmedran sus perfecciones naturales. ¿De qué servirán los tópicos,

quando los vicios del cutis dependan de un desarreglo del estómago, de un vicio del hígado, de un afecto de pecho, ó de alguna secrecion interrumpida? Entónces no hay que acudir á aplicaciones exteriores, sino llamar un buen médico, y quando todas las funciones hayan recobrado su curso natural, el cutis volverá á su primer esplendor y lozanía. Por consiguiente, los principales cuidados deben dirigirse á las causas internas; la salud debe restablecerse quando se quiere conservar la hermosura.

La blancura es una de las qualidades apreciables del cutis, y el gusto de los an-

tiguos era en esta parte muy conforme con el nuestro. Miraban de tal modo la blancura del cutis que la tenían por señal distintiva de la belleza.

Hemos dicho que muchas causas pueden alterar la blancura del cutis, y que el ayre, sobre todo, es el enemigo natural de los dotes del cutis; pero por desgracia las mugeres no tienen este solo enemigo: la vida demasiado laboriosa en las provincias, ó el exceso de los placeres y del ocio en los pueblos grandes; un sueño prolongado ó freqüentes vigiliass; la aplicación demasiada; ó el tedio de una vida ociosa ó apática; pasiones tristes y concentra-

das, el pesar, el temor, la inquietud, ó las pasiones de odio; todo esto perjudica á la belleza del cutis, borra su esplendor, y altera sus colores.

Por el contrario, una vida prudente y arreglada, ocupaciones apacibles y variadas; afectos benéficos, elevados, generosos; el ejercicio de las virtudes con alegría interior, que es su mas preciosa recompensa; estas son las causas que mantienen la flexibilidad del juego de los órganos, la libre circulacion de los humores, el estado perfecto de todas las funciones, de que resulta la salud y la hermosura.

Tambien influye el re-

gimen de vida de una manera muy particular en el colorido del cutis. Buffon decia que el cutis fino y el buen color de las personas acomodadas se debia en parte á los alimentos que tomaban. Se ha observado, v. gr., que el uso del pan de cebada da color pálido á la piel, y que las personas que hacen uso habitual de las carnes saladas y secas, rara vez tienen buen cutis. Las obras medicas contienen muchas observaciones, que corroboran la opinion de Buffon; pero no aumentemos esta obra mas de lo necesario.

No tiene el agua menor influencia sobre la hermosura del color, y se juzga

bien de la qualidad del agua de un partido , mirando solamente el color del rostro de sus moradores. Es , pues , muy importante , aun con relacion á la belleza , hacer uso solamente del agua sana.

Entre las causas internas que obran de una manera sensible en el estado del cutis , debe distinguirse muy particularmente la influencia del hígado.

El hígado , segun los médicos , tiene relaciones directas con el cutis , probadas por los hechos. Los afectos hipocóndricos dan á la superficie cutanea un color obscuro : de resultas de la mordedura de la víbora acu-

de al cutis una bilis suave y oleosa. La tez de los biliosos se conoce siempre en su color amarilloso: las personas de este temperamento padecen con frecuencia enfermedades cutaneas, acres: algunas veces padecen fiebres de naturaleza biliosa, que termina en sarna general, ó en quartanas obstinadas.

Todos estos hechos, á que podrian añadirse otros muchos, demuestran con evidencia, no solamente que las enfermedades acres y crónicas del cutis dependen de los vicios del hígado y de la bilis, sino que su color mismo depende en mucha parte de la accion de esta víscera.

Aquí se ve quan inútil

eeria remediar con los cosméticos ciertos vicios del cutis, y sobre todo su color pálido ó macilento, y que entónces es menester recurrir á los remedios internos.

FIN DEL TOMO I.

